

CATULLE MENDÈS
(1841-1909)



**EL CAMINO DEL
CORAZÓN**

Centenario de la muerte de Catulle Mendès

Título Original: *Le Chemin du coeur*.

Edición original: Paul Ollendorff. París. 1890

© Por la traducción: José M. Ramos González. Pontevedra, 2009. En exclusividad para
<http://www.iesxunqueira1.com/mendes>

EL CAMINO DEL CORAZÓN

I

Es una vieja costumbre muy conocida por todos los poetas (¡pues los poetas no ignoran nada!) que antes de recibir el Arco y las Flechas con las que encantará y desolará a los humanos, – antes de, como se diría, ser armado Caballero, Caballero de los tiernos Combates y las libertinas Búsquedas, – cada joven dios Amor debe salir victorioso de una prueba donde se valoran su sutilidad y su destreza en ejercer su cometido; ¿y quién es el juez que determina si triunfa o no? el real y ancestral Eros, saciado de presas y glorias, ebrio de sollozos e himeneos que, en la isla materna, entre la mirra amarga y dulce hecha de todas las desesperaciones y de todos los éxtasis, sueña sobre un trono de oro con sus cabellos color de rosa blanca, suavemente ondeados por el aire producido por el batir de alas de palomas. Magnífico y augusto, no obstante lánguido, y, – si los dioses mueren, – moría, aunque la multitud de los Deseos lo rodeara de alabanzas, aunque solícitas sirvientas, que son las diosas, le frotasen cada mañana todo el cuerpo con el exquisito sudor de los recientes lechos nupciales, y, bajo sus pies fríos, pusiesen, como agradables cojines, corazones de vírgenes ayer desgarrados. Pero cerca de él tiene, a medio florecer en un frágil ramillete, una gavanza silvestre, no rosa, no fragante; y, al ver esta ausencia de color, al respirar esa flor carente de perfume, sonrío y se reconforta.

II

El otro día, compareció ante el trono de oro, a fin de ser admitido a realizar la prueba, un joven chiquillo, hijo de un fauno de los bosquecillos de Sèvres y de una ninfa del bosque de Meudon; ambos se habían tropezado en el lindero y rodaron por la cuneta.

«Pequeño Amor, dijo el viejo Eros, no seré un Euristeo demasiado exigente; para merecer el Arco y las Flechas te bastará insinuarle en el corazón de una joven que, en el instante en el que hablo, sueña en una ciudad llamada París hojeando una novela del Sr. André Theuriet entre las adelfas del balcón.»

¡Semejante prueba parecía poco difícil! El hijo de un fauno y una ninfa, seguro de ser pronto armado Caballero de los tiernos Combates y las libertinas Búsquedas levantó

el vuelo con sus menudas alas de nieve rosada hacia la ciudad llamada París. Pero, sin duda, la tarea que se le había encomendado, a pesar de las apariencias, no dejó de ser bastante complicada; pues, transcurridas dos horas, regresó a la isla de Cítara, no con aspecto victorioso, sino con el gesto tímido y el rostro contrariado, como cuando uno se avergüenza.

III

Eros, sin poder evitar una sonrisa, preguntó:

–¿No has tenido éxito, pequeño Amor?

–¡Que desgracia! ¡qué desgracia! – dijo.

– Sin duda no has tomado la decisión adecuada.

–He hecho todo lo que había que hacer.

–¿Entonces qué ocurrió?

– Resultó que, – dijo el chiquillo,– con las alas apenas cerradas, semejante a una golondrina posada en el borde de un tejado, fui acercándome a saltitos. Vi a la damisela que leía una novela del Sr. André Theurite entre las adelfas del balcón. Pronto estuve muy cerca de ella, y, con una de mis plumas rozando el lugar donde late el corazón, murmuré dulcemente, dulcemente, siguiendo las lecciones que me enseñaron: «¡Eh! ¿qué haces en tu triste soledad, corazón desierto, corazón cerrado, igual que una fría flor de lis sin abeja? Estremécete, téplate, ábrete corazón virginal a fin de que te penetre y pueda regocijarte deliciosamente. No creáis, señorita, que vuestro único destino sea soñar en el balcón con vuestros castos ojos atentos a un libro más casto todavía. Hoy novios por las noches bajo la ventana, mientras los abuelos juegan a las cartas bajo las pequeñas tulipas de papel verde; ¡un joven os hablará de la bonita luna de miel en Italia o en España! y estaréis tan infinitamente emocionada con su voz que creeréis llevar con vos todo el amplio azul estremecedor de una mañana de abril.» Continué hablando así, como alguien que roza más que golpea, acariciando el querido lugar, el tierno lugar donde late el corazón. Pero ella, prosiguiendo su lectura, no me hizo caso; y no puede entrar.

Cuando muy contrito hubo acabado ese relato, los Deseos prorrumpieron en carcajadas, y las sirvientas de Eros, esas diosas debieron morderse los labios para no reventar; por lo común no eran en sus propios dientes en los que confiaban el cuidado de hacer más rojos sus coralinas bocas. El mismo, aunque augusto, viejo Eros se animó y dijo:

–Pequeño, eres realmente muy inocente y estás muy poco al corriente de las cosas para ser un Amor nacido de un fauno de los bosquecillos de Sèvres y de una ninfa del bosque de Meudon. Vamos, hay que reeducarte. Ninfa Erato, dejad de mirar un momento los menudos juegos de oro furtivo que un rayo de sol provoca en la nuca pelirroja de vuestra amiga, y, por favor, instruid a este pequeño Amor.

IV

Erato obedeció con mucho gusto; condujo al chiquillo detrás de una adelfa; entonces, allí, muy humillado él dijo:

–Ninfa, ¿acaso he cometido una falta grave?

–Debes saber,– dijo ella – que el camino hacia el corazón de las mujeres no es tan directo como parece.

–¡Cómo! ¿no debía dirigiere de entrada al corazón de esa damisela para insinuarme?

–Por supuesto que no.

- ¿No?
- Te digo que no.
- Tal vez debería haberme deslizado por... la oreja.
- De ningún modo.
- ¿Por los ojos?
- Para nada.
- ¿Por la nariz?
- ¡Vaya con el ignorante! – dijo ella.

Luego, inclinándose hacia él, le habló tan bajo que el menudo canto de su voz fue tan emotivo que hasta llegó a desunir el vuelo marital de dos mariposas blancas casi posadas en sus cabellos...

El joven Amor, tembloroso, de repente bajó los ojos con un rosetón en cada mejilla.

- ¡Oh! ¡vaya!
- ¡Sí!–dijo ella.
- Pero, ahí, ninfa Erato...
- ¿Qué?
- Ahí, se está...
- ¿Se está?...
- Muy lejos del corazón, ¿verdad?
- ¡Eh! no, pequeño tonto – dijo ella – ¡si te levantas un poco!...

Al escuchar estas palabras se produjo una divertida algarabía en la corte de Cítara. Aunque no hubiese pasado la prueba, el chiquillo recibió el Arco y las Flechas. Además en poco tiempo adquirió, gracias al ejemplo de los otros Amores, toda la ciencia necesaria; e hizo la delicia y el desastre de las almas, tan bien lo uno como lo otro.

ALERTAS

Dando un brinco sobre la cama, con la manos golpeando la olorosa y medio sombría atmósfera de la adúltera habitación, con los ojos desorbitados, los senos oscilando fuera del nido de las sedas, como perdidas torcaces de picos rosados, y tan pálida de miedo que sus cabellos rubios parecían más dorados, ella dijo:

- ¡Ludovic!
- ¿Eh?
- ¡Ludociv!
- ¿Qué?
- ¡Despierta!
- ¿Cómo?
- ¡Mi marido!
- ¡Venga ya!
- Te digo que sí.
- ¡Está en Marsella!
- Está en la escalera.
- ¡Rayos!
- Oigo sus pasos.
- Sí, alguien sube...
- Tiene llave, va a entrar.
- ¡Maldita sea!
- ¡Estoy perdida!
- Atranquemos la puerta.
- Es muy fuerte. La derribaría.
- ¡Ah! ¿es muy...?
- Escóndete bajo la cama.
- ¡Hortense! ¡de Paul de Kock!¹
- No es momento para hablar de literatura.
- ¿Y si huyese por la escalera de servicio?
- No hay.
- ¡Estos arquitectos!
- Vete para el balcón.

¹ Hortense es la protagonista de la novela de Paul de Kock, titulada *La femme, le mari et l'amant* (La esposa, el marido y el amante)

- ¿Un vodevil?
-O un drama, elige.
-¡Canastos!
-¡Está subiendo!
-¡De acuerdo! ¡al balcón!
-No olvides nada.
-No.
-Tu ropa está en la silla.
-¿Y mi sombrero?
-En el perchero al lado de la ventana.
-¡Ah! ¿y mis botines?
-Clementina los ha llevado.
-Eso es, descalzo sobre la piedra.
-¡Ah! ¡me matará!
-¡Mi pobre gatita! Pero...
-¡Qué!
-Ya no oigo nada.
-¿No lo oyes?...
-No, escucha, nada.
-Es que se ha detenido en el rellano del tercer piso para tomar aire.
-¿Es asmático?
-¡Eso no le impide ser celoso!
-Bueno, ya me voy.
-¡Mi pobre amigo!
-¡Diantre! está lloviendo.
-Es cierto que llueve.
-¡Pillaré una pulmonía!
-Salta a la calle y toma un coche.
-¿Saltar desde el cuarto?
-Hay albañiles que caen desde más alto y no es precisamente para salvar a una mujer.
-En fin, no puedo...
-¡Pues bien! mira allí, a la izquierda, ¿ves esos pequeños barrotes de hierro?
-Sí.
-Pasa por encima.
-Bueno.
-A continuación verás una ventana.
-¿Y si está cerrada?
-Golpea, llama sin hacer ruido: «¡Susana! ¡Susana! »
-¿Susana?
-Mi mejor amiga. Su habitación da al balcón. Le dirás que vas de mi parte. Le explicarás la razón. Susana te ocultará.
-Pero, si...
-¿Qué sucede ahora? Me muero de miedo.
-¿Y si ella no está sola?
-Todas mis amigas son mujeres honradas, señor, ¡cómo yo!
-Sí.
-¡Adiós!
-¡Adiós!

Ella cerró la contraventana y volvió a su cama esperando al esposo que se había detenido para tomar aliento sobre el rellano del tercero. Mientras tanto, Ludovic, en camisa blanca bajo el sombrero de copa, con un brazo agarrando sus ropas, saltó por encima de los barrotes y vio la ventana no cerrada todavía, – apenas era medianoches – y la empujó discretamente con la falange de su dedo índice.

–¿Susana?

Nadie respondió. Empujando más:

–¡Susana! ¡Señora Susana!

La cortina se abrió. Una blanca, sin duda de hombros, el lustre negro de una cabellera y una rosa que era una boca, lucían en el cristal. Pero la cortina cayó completamente.

–¡Señora! ¡Señora! Es Hortensia...

La ventana se entreabrió.

–¡Es Hortensia!...

–¿Quién me envía.

–Entonces entre, entre rápido.

Desde que puso el pie en la habitación, ella dijo:

–¡Oh! ¡señor!

–¿Qué sucede?

–¡Oh! ¡señor!

–¿Señora?

–¡Está usted en camisa!

Sin duda él estaba en camisa. Pero al mirarla:

–¡Usted también!

–Yo... yo estaba acostada...

–¿Acaso piensa que yo no lo estaba?

Ella quería mantenerse seria, pero no pudo. Ambos estallaron en carcajadas. Riendo de ese modo perdían un tiempo precioso que podrían emplear: Ludovic en vestirse y Susana en envolverse en una bata. Pero no se puede pensar en todo. Y, siempre riendo, Susana era exquisitamente bonita a causa de una boca de coral muy roja donde los pequeños dientes eran como granos de azabache blanco, a causa de los senos oscilando fuera del nido de sedas como perdidas torcaces de picos rosados. De modo que, mientras ella consideraba, no sin interés, a ese apuesto joven entrado por la ventana como si hubiese caído del cielo, Ludovic que, en su agradable sorpresa, había dejado caer sus sombrero y sus ropas, pensó que su penosa aventura tendría placenteras compensaciones si la amable vecina de su amante consintiese, en la habitación en penumbras, donde alumbraba un fuego claro, donde la cama allí se abría como una blanca promesa de nieve tibia, llegar hasta los más extremos deberes bien entendidos de la hospitalidad nocturna.

Pero de pronto:

–¡Señor!

–¿Eh?

–¡Señor!

–¿Qué?

–¡Váyase!

–¿Cómo dice?

–¡Mi amante está subiendo por la escalera!

–¡No!, ¡no!

–Le digo que sí.

–¡Oh, no!

- Oigo sus pasos.
–Alguien sube, en efecto, después de haber tomado aliento sobre el rellano del tercero, pero es...
–¡Mi amante!
–¡Eh! no, ¡el marido de Hortensia!
–¡Eh! sí, señor, el marido de Hortensia.
–¡Ah! ¡bah!
–Yo lo creía en Marsella...
–¿Y está en la escalera?
–Sí.
–No importa, puesto que va a junto su esposa.
–Él viene a mi casa.
–Muy fuerte en efecto, aunque asmático.
–Tiene la llave, va a entrar.
–¡Rayos!
–Huya.
–¡Al balcón!
–¿No se olvida nada?
–Nada...
–¿Sus ropas?
–Ya las tengo.
–¿Y su sombrero?
–Sobre mi cabeza.
–¡Vaya, vaya!
–¡Pero el chaparrón se ha intensificado!
–¡Eh! bien, cuélguese de la persiana...
–¿En la persiana?
–¡Trepe hasta el techo!...
–¿Hasta el techo?
–Justo encima de mi ventana verá la claraboya de una buhardilla...
–¿Y luego?
–Luego golpee. En esa buhardilla vive Clementina...
–¿La criada de Hortensia?
–Ella le abrirá y usted estará al abrigo.
–Pero...
–¡Ah! ¡márchese ya, márchese!

Ella cerró la contraventana y, mientras regresaba a su cama para esperar al amante que, a cada escalón, hacía alto para tomar aliento, Ludovic, en camisa blanca bajo el sombrero de copa, con un brazo agarrando sus ropas, alcanzó con su mano derecha la persiana, se levantó, hábil gimnastas, alcanzó el canalón, subió más todavía y se sentó ante la claraboya.

- ¡Clementina!
–¿Quién está ahí?
–Soy yo, ¡ábreme aprisa!
–¡Señor Ludovic!

Saltó dentro de la buhardilla, que estaba mal iluminada por una vela. Lo invadió un buen olor de carnes sanas, pues Clementina, antes campesina, mezclaba con los delicados olores de polvos de arroz el fresco aroma de sus robustos y rosados veinte años. Fuera de la camisa gris sobresalía la dura curvatura del pecho. ¡Ninguna vacilación! frío por la lluvia y caliente por los deseos exacerbados, Ludovic deseo

acostarse donde abrazaría a esa hermosa muchacha. La agarró, la transportó, la tendió sobre las sabanas y se acercó a ella, la abrazó, estupefacta y radiante, bajo las tibias coberturas. En suma iba a ser un feliz fin de aventura con un beso de hermosa criada.

Pero de repente:

–¡Rápido! ¡rápido!

–¡Eh!

–¡Rápido!

–¿Qué?

–¡Tiene que irse!

–¿Qué te ocurre?

–¡Tiene que irse!

–¿Por qué?

–¡El señor sube!

–¿El señor?

–Sí.

–¿El marido de tu ama?

–Sí.

–¿El amante de la Señora Susana?

–Sí.

–¿Y en que te afecta eso?

–¡Claro que me afecta!

–Él va a casa de una o de la otra.

–No del todo.

–¡Vamos pues!

–Él les ha dicho...

–Ya sé... que iba a Marsella...

–Y es a mí a quién viene a ver.

Entonces Ludovic se levantó, tranquilo. Lleno de admiración por un hombre que, aunque asmático, tiene derechos señoriales sobre las camas de tres jóvenes mujeres, reconociendo que lucharía en vano contra el ineluctable destino, profirió con seriedad: «No añadas ni una palabra. Es inútil. No me digas que estarás perdida y me encuentraste aquí. No me preguntes si me olvido algo o si tengo todas mis ropas o mi sombrero. Esas preocupaciones no tendrían nada nuevo para mí. Ni siquiera me indiques sobre que intervalo de chimeneas sobre el tejado, donde una tierna gata me acogería con sus maullidos y me calentaría con sus caricias; pues aquél que, por la voluntad de la suerte, me obliga a incesantes desplazamientos, pronto vendrá, bajo la forma de un gato a arrojarme de mi supremo asilo.» Luego, salio de la buhardilla por la claraboya y se sentó al borde del tejado, estremecido bajo la lluvia y resignado.

Pero transcurrido apenas un minuto, se abrieron a la vez la claraboya de la buhardilla y las dos ventanas del balcón; y, todas a la vez: «¿Señor? ¿Ludovic? ¿Señor?» llamaron las tres mujeres. Pues Hortensia y Susana, cada una desde su habitación, habían oído los pasos del hombre alejarse del rellano del cuarto piso; y Clementina, con la oreja pegada a la puerta, los había oído dirigirse hacia el fondo del corredor; las tres estaban equivocadas; aquél que ellas habían creído reconocer el paso, era algún criado regresando a su ático; y tres jóvenes cabezas se asomaban en la noche buscando a Ludovic.

Es cierto que nunca hay que desesperar, incluso a la hora en la parecen encarnizarse con nosotros las persecuciones sutiles de la peor especie.

Toda esa mala suerte nocturna se acabó del modo más feliz. Mientras el marido viajaba hacia Marsella, Ludovic come las sobras de la cena familiar en un comedor bien

iluminado y bien cerrado, en compañía de Hortensia y Susana; para agradecerle la hospitalidad ofrecida, Hortensia invitó a Susana a esta amistosa comida. Y fue un desenlace no menos honesto que agradable. Pues las dos amigas, con los labios apenas mojados por el recuerdo de un deseo y de una espuma de vino ligero, llevan, muy castas, junto a Ludovic ya vestido, unas batas que les cubren hasta el cuello; y, atenta a los menores deseos de los invitados, Clementina los sirve con una modestia discreta...

LA HERMOSA NOCHE DE VERANO

Sobre el agua brillante como un enorme satén que se despliega, sobre los céspedes salpicados de fulgores, sobre las villas de sombríos parques adormecidos, cae una noche estrellada de un encanto infinito. Las acacias mecidas exhalan perfumes y susurrantes estremecimientos en la calidez del silencio; y allá abajo, allá abajo, no se sabe dónde, como en el fondo de un misterio, el canto de un ruiseñor vibra, aumenta, disminuye, se exaspera, y parece una encarnizada llamada hacia el doloroso y delicioso ideal. Entonces, en un sendero, bajo una pared completamente iluminada por la luna, levantando la cabeza hacia una ventana no cerrada del todo:

JULIO EL MARINO:

¡Eh! ¡Galuche!

GALUCHE:

¡Estoy aquí!

Galuche pasa por encima del quicio de la ventana, se da la vuelta y se desliza dejándose caer en el sendero. Julio el Marino lo agarra con delicadeza. Son dos delincuentes, gordos, fornidos, blancos. Se alejan. Un suave ruido de alpargatas puede oírse sobre los guijarros del sendero.

JULIO EL MARINO:

¿Listo?

GALUCHE

En dos segundos.

JULIO EL MARINO:

¿Te has hecho daño?

GALUCHE:

¡Yo no! El cuchillo.

JULIO EL MARINO:

¿Entonces?...

GALUCHE

¡Fíjate! mira mis manos.

JULIO EL MARINO

¡Rojas!

GALUCHE

¡La del viejo que estaba allí!

JULIO EL MARINO

¡Vaya, vaya!

GALUCHE

¡No podía despertarse!

JULIO EL MARINO

¿Y que has encontrado?...

GALUCHE

No gran cosa. Dos sortijas, un reloj, algunas monedas de veinte francos.

JULIO EL MARINO

Siempre lo mismo. ¿Dónde has puesto las joyas y el oro?

GALUCHE

En mi bolsillo.

JULIO EL MARINO

¡Lo repartimos a medias!

GALUCHE

¡Para lo que tú has trabajado!...

JULIO EL MARINO

Yo vigilaba.

GALUCHE

¡Bueno! ¡bueno! ya haremos cuentas en París. Ahora larguémonos aprisa.

JULIO EL MARINO

Como quieras. Por supuesto que hombres como tú no hay muchos. Has degollado a un hombre débil y te ha afectado tanto como si vinieras de tomar un vaso. Es cierto que te quiero. Y hace tiempo. Solo tienes un defecto. Eres demasiado amable con las mujeres. Un hombre como tú debería dejar a las hembras correr detrás y pasar de ellas. No, tú, tú eres zalamero, les dices cosas bonitas, les das el dinero que has ganado.

GALUCHE

¡Soy cortés!

JULIO EL MARINO

¡No me gusta que seas amable con las mujeres!

GALUCHE

¿Qué dices?

JULIO EL MARINO

Digo...

GALUCHE

¡Tú dices que eres un imbécil y que te vas a callar!

JULIO EL MARINO

¡Bueno! ¡bueno, no te enfades! Sabes que no puedo enfadarme contigo. Te quiero demasiado, mi pequeño, te quiero demasiado... no puedo enfadarme...

Caminan en medio de la noche estrellada de un encanto infinito. Unas acacias mecidas, una lluvia de florerillas, algunas veces los rozan. Una flor se ha pegado en la sangre de uno de los dedos de Galuche; mira esa flor en la punta del dedo sangrante y ríe. También se conmueve. Se detiene un instante para oír el canto del ruiseñor. Vuelven a ponerse en camino, y es alrededor del ruido suave de las alpargatas, sobre sus formas curvadas como se apresuran codo con codo, en el encantamiento misterioso de la hermosa noche de verano.

Pero bruscamente:

GALUCHE

¡Yo no regreso a París.!

JULIO EL MARINO
¿Pero que te sucede? ¿Quieres dormir en el camino o en el bosque? No me importaría sino hubiese peligro,
GALUCHE
¿Y por qué tendría que haber peligro?
JULIO EL MARINO
¡Ah! ¡mira que tienes valor!
GALUCHE
Pero no es para dormir, idiota, por lo que quiero quedarme aquí.
JULIO EL MARINO
¿Por qué entonces? ¿Qué es lo que pasa?
GALUCHE
Es que quiero continuar el trabajito de antes: hay que aprovechar el momento.
¡Quiero dar otro golpe!
JULIO EL MARINO
¡Galuche!
GALUCHE
¡Cállate, animal, y mira!
JULIO EL MARINO
¿Aquella ventana, en el primer piso, al otro lado de la verja?
GALUCHE
Exacto.
JULIO EL MARINO
¿La que está abierta?
GALUCHE
¡Vale la pena intentarlo! Y la habitación está oscura. Allá voy.
JULIO EL MARINO
¡No es razonable! Tal vez haya perros o criados; Te atraparán y estaremos perdidos.
¡Y además dos asuntos con nocturnidad! ¡Así es como nos preparas circunstancias atenuantes!
GALUCHE
¡Lárgate campo a través, si quieres! Yo voy a trabajar.
JULIO EL MARINO
¡Vamos entonces!
GALUCHE
Hay que pasar por encima de la verja. ¡El hombro!
JULIO EL MARINO
Ya está.
GALUCHE
¡Uno! ¡dos!
JULIO EL MARINO
¿No te has roto nada?
GALUCHE
Este césped es un colchón.
JULIO EL MARINO
¿Necesitas que te ayude a escalar?
GALUCHE
No es necesario. Hay una escalera. Espérame que ahora vuelvo.
JULIO EL MARINO

Sobre todo te ruego que no te precipites. ¡Si no grita no saques el cuchillo! Se razonable. No te espongas.

GALUCHE

No, lo que va a ser divertido será el burgués cuando me vea todo negro ante él. ¡Daría diez centavos para que la vela se encendiese!

En la inefable dulzura de la noche, los céspedes salpicados de fulgores; hay mariposas nocturnas que palpitan alrededor de esos insectos de luz. El brillo del agua, lejana y que parece próxima, pone sobre todo el paisaje como la caricia de una ola invisible. El circuito de un murciélago se refleja en las alas con una trasparecía lunar. Y son susurros de hierba y despertares de pajarillos, pronto dormidos, y una caída de rama, como el abandono de una brazo demasiado cargado de dicha. Una queja se eleva, muy dulce y contrariada a la vez, se diría un arrullo de lechuza. Es un pájaro fúnebre que se desvanece o una tórtola que se degüella. Dos o tres veces, esa queja aumenta, más tierna y más desgarradora, suspira. ¿Por desgracia que hay de alegría o angustia para lamentarse así? Y el canto del ruiseñor, allá abajo, allá abajo, al fondo del misterio, invita al doloroso y delicioso ideal.

JULIO EL MARINO

¡Eh! ¡Galuche!

GALUCHE

¡Estoy aquí!

Galuche pasa por encima del borde de la ventana, se deja deslizar y cae en el jardín, atraviesa el césped, salta la verja y llega el camino.

JULIO EL MARINO

¿Está hecho?

GALUCHE

¡Puedes decir que sí!

JULES EL MARINO

¿Ha sido duro?

GALUCHE

No.

JULIO EL MARINO

¿No habrás?...

GALUCHE

¿No habré, qué?...

JULIO EL MAINO

¡El cuchillo!...

GALUCHE

No ha habido necesidad.

JULIO EL MARINO

¡Está bien! ¿Y qué has conseguido?

GALUCHE

Nada.

JULIO EL MARINO

¿No había nada?

GALUCHE

¡Claro que sí! joyas, figuritas, ¡lo que tienen los ricos! por todas partes.

JULIO EL MARINO

¿Entonces?...

GALUCHE

¡Hago lo que me da la gana! ¡Soy dueño de hacer lo que me plazca!

JULIO EL MARINO

Sí, sí. En fin, ¿un golpe fallido?

GALUCHE

¡Ah! ¡de ninguna manera!

JULIO EL MARINO

¿Por qué te ríes?

GALUCHE

¿Es que no puedo reírme?

JULIO EL MARINO

¡Claro que sí! ¡claro que sí! Vamos eso está bien, ya que contamos con lo que has encontrado en casa del viejo: las sortijas el reloj y las monedas de veinte francos.

GALUCHE

¡Por eso, amigo mío, puedes empezar a llorar!

JULIO EL MARINO

¿Cómo?

GALUCHE

¡Empezar a llorar, te digo! Ya no tengo nada. Lo he dado todo.

JULIO EL MARINO

¿Que has?...

GALUCHE

¡Una dama, y uno es cortés! Démonos prisa. Esta es la historia. Entré en la habitación. ¡Olía bien! como cuando se pasa por la calle de Enghien, ante las tiendas de perfumes. Avance a tientas. Había una lamparilla. Comencé a ver claro. Sobre unos muebles de todos los colores, sobre la chimenea, en las paredes, lucían cosas bonitas y en el fondo estaba todo blanco, como un montón de rosas blancas. ¡La cama! Avance más, abrí las manos y toque. ¡Ah! ¡caramba! ¡caramba! ¡caramba! Era seda, seda, viva. Y era redonda! ¡y era lisa! ¡y estaba fresca! Tenía miedo de estar tan contento que iba a largarme. Pero hete aquí que la dama – por supuesto me tomaba por su marido, o por su amante, – me estrechó entre sus brazos de encajes. ¿Qué es lo que hice yo? Me metí en la cama, y te prometo que si no ha quedado satisfecha es que es especialmente exigente. ¡Además gritaba como un palomo enfermo! Y no me he ido hasta que no se ha quedado dormida. Pero claro, hay que comportarse generosamente con las mujeres. Y antes de salir por la ventana, he dejado sobre la chimenea las sortijas, el reloj y las monedas de veinte francos. ¡Así no podrá decir que le he dado plantón!

Se escaparon a través del paisaje nocturno donde ya se presentía la mañana. Como el fondo de una urna antes llena de ambrosía, el ruiñón que va a callarse desgrana sus últimas gotas de canto melancólico... ¡Ah! ¡qué radiante está de dolor y de amor, a esa hora antes del alba, la gran desesperanza del ruiñón! Y la huida del río es un deslizamiento más claramente sonoro, como si ahora fuese el satén diáfano el que circula.

GALUCHE

¿Por que no me dices nada? ¿Tú me quieres?

JULIO EL MARINO

¿Yo?

GALUCHE

Estás enfadado porque yo he dejado allí lo que había encontrado antes.

JULIO EL MARINO

No, no , ¡yo no estoy enfadado por eso!

He aquí como han acabado de subir la ladera, y ante ellos, bajo el encantador azul del cielo todavía estrellado, se despliega toda la amplia llanura con pálidas nubes de vaho.

JULIO EL MARINO

Así que, ¿era bonita la dama?

GALUCHE

¡Eso creo!

JULIO EL MARINO

¿Y tu te has divertido?

GALUCHE

¡Hombre! ¡yo había trabajado en la otra casa! era mi recompensa.

JULIO EL MARINO

Tienes razón. ¡Tienes razón diciendo eso! Tu recompensa... Uno tiene ideas divertidas, incluso.

GALUCHE

¿Qué ideas? ¿Quién tiene ideas?

JULES EL MARINO

Yo. Es divertido, pero tengo ganas.

GALUCHE

¡Dime!

JULIO EL MARINO

Fue una buena noche la que has hecho, una auténtica noche, ¡Pues bien! me gustaría guardar algo, para recordarla...

GALUCHE

¿Algo?

JULIO EL MARINO

Hazme un regalo.

GALUCHE

Bueno, si quieres... ¿Que regalo?

JULIO EL MARINO

El Cuchillo... Ya sabes... el cuchillo... que está rojo.

GALUCHE

El cuchillo...

JULIO EL MARINO

Que tiene la sangre del viejo. Dámelo como recuerdo...

GALUCHE

Es una idea... ¡Mira que eres divertido!... Toma.

JULIO EL MARINO

¡Toma tú también!

Le hundió el cuchillo entre los hombros. Galuche cayó sin un grito. Jules el marino huyo. Y hay sobre los céspedes donde se apagaron los fulgores, sobre los grandes parques todavía dormidos, la inquietud estremecida de la noche que ya no será noche. El balanceo de las acacias exhala perfumes y estremecimientos de una calidez menos oscura. Una línea rosa, a lo lejos de la planicie blancamente iluminada, se prolonga tan delgada en el horizonte... Es el despertar de la sonrisa de los labios del oriente.

EL PARAISO DE LA PRINCESA

I

Entre la languidez de la tarde de Nápoles, los perfumes de las mimosas, anémonas coronarias o heliantemas, esparcidos por la atmósfera, y las oscilantes brisas de los abanicos que agitaban lentamente la pereza de las jóvenes tumbadas en balancines de mimbre y, aquí y allá, en la mejilla, en la frente, en el nacimiento de un seno, en el codo de un brazo desnudo, dorados por los rayos del sol a través de los cristales del invernadero, la princesa de Poléastro se despertó de su relajada pose cuando fue a hablar, a propósito del último sermón íntimo de un Monseñor muy de moda, de las penas o de las alegrías que nos esperan en la otra vida, y, una ensoñación luminosa entre sus pestañas medico cerradas, con voz tierna y olorosa como un suspiro de rosa, dijo:

–¡Oh!, ¡cuando entre en el Paraíso no me llevaré una gran sorpresa, pues creo haberlo visto ya!

Añadió, tras un silencio en el que sin duda estaba recordando:

–Sí, yo era muy pequeña.

De ordinario, las menores palabras de la princesa Poléastro son ávidamente recogidas por la corte constituida por las más nobles damas y los más altivos caballeros de la aristocracia napolitana, con los que se mezclan los extranjeros que recomienda la ilustración de su raza o el renombre de sus talentos. Ciertamente reina sin ser cuestionada; no solamente por el glorioso blasón, por la fortuna incalculable y por la todopoderosa influencia del príncipe general, su marido, cinco años embajador en Viena y cuatro veces ministro de la guerra, sino por su incomparable belleza, hecha a la vez de imperial brillo y de simpatía ingenua, realzada en la admiración universal por una virtud perfecta, una devoción sin hipocresía, un candor sin afectación, sobre los que jamás han podido hincar el diente la más infames de las calumnias. En vano los maliciosos recuerdan los oscuros orígenes de esa deslumbrante gloria mundana. Con veinte años apenas, el príncipe de Poléastro que viajaba por Francia, no en vagón, sino en silla de postas, como los grandes señores de antes, vio, acostada sobre un montón de gravas (no lejos de París), a una chiquilla que dormía. Era pálida, flacucha, con los pies sin zapatos, con la falda hecha harapos. Sola. La despertó, la interrogó. Como no tenía más que cinco o seis años, sabía pocas palabras y no pudo decir ni de donde venía ni quién la había abandonado allí. El príncipe se apiadó de ella, la hizo subir a la silla y la llevó consigo a Italia; la ingresó en un convento donde fue instruida, y donde creciendo, se volvió tan sabia, piadosa y tan bella, con una permanente simpatía y unas ingenuidades

infantiles, que el príncipe de Poléastro, habiéndola ido a ver después de diez o doce años de olvido, la consideró educada al punto que, joven aún, decidió esposarla. La esposó en efecto. ¡La chiquilla recogida sobre un camino de las afueras parisinas se convirtió en la más grande dama de las Dos Sicilias! Pero para desengaño de las malas lenguas, ese extraño pasado, del que ella además no evitaba ocultar, aportaba, al contrario, un toque novelesco a su triunfal presente: y todos eran unánimes en proclamar que la princesa de Poléastro era sobre la tierra, quiero decir en los salones, una irreprochable esposa, soberbia por la belleza, el rango y exquisita por la inocencia; una reina que sería una santa, esperando ser un ángel en el cielo.

De modo que las palabras que había susurrado entre dos oscilaciones de abanico produjeron la más intensa expectación. Un poeta francés, incluso parisino, que se encontraba allí por casualidad, – casi un intruso entre tantos nobles visitantes, – se asombró, más que ningún otro, de haberlas escuchado. ¡Cómo! ¿la princesa de niña había visto el Paraíso? ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Qué paraíso? Sillas inclinadas, columpios inmóviles; se acercaban de todas partes hacia ella, con cara de interrogar, en el invernadero dorado por el sol, donde se vaporizaban en la atmósfera los perfumes de las mimosas, de las anémonas caronarias y las heliantemas.

II

Así pues, condescendiente a esas curiosidades pronto aceptadas:

–¿Queréis que me explique?– dijo – De acuerdo. ¡Pero os advierto que no os voy a contar una aventura! Tengo el recuerdo vago y delicioso de cosas sin acontecimientos; y eso es todo. Es como si en mí, un espejo conservase un reflejo. Y si estáis pensando «ella ha soñado» sin duda tendréis razón. Sin embargo me parece que un sueño no me habría dejado una impresión tan profunda, tan perdurable entre las realidades de la vida.

Continúo, en el gran y expectante silencio:

–Ocurrió hace mucho tiempo, mucho antes de que el príncipe (ya sabéis esa historia) me encontrase dormida sobre un montón de piedras de una carretera francesa. ¿Qué era yo antes de aquel momento? ¿una mísera muchachita nacida de unos padres pobres, y abandonada allí como Pulgarcito y sus hermanos en el bosque? ¿Una hija de padres nobles que una necesidad fatal obligaba al abandono? No lo sé. Ningún hecho preciso disipa el brumoso recuerdo de mis primeros años. Pero conservo vagas reminiscencias de esa época...

Cuando miro detrás de mí, lejos, lejos, me parece ver mucha oscuridad, y también, por instantes, mucha claridad, con seres desconocidos que pasan, más sombríos en esa oscuridad, y, más claros en esa claridad. Pero es muy difícil acordarse de cosas tan confusas, tan inmatrimales por así decirlo, sin que la experiencia de los hechos de la vida no añadan a ello, mediante el razonamiento y la comparación, realidades y precisiones que en su momento no tuvieron. Necesito, no sin gran esfuerzo, desprenderme de lo que me he convertido poco a poco, para poder atisbar a ciegas lo que yo era antaño, antaño... para recordar solamente lo que apenas recuerdo. Y lo he conseguido vagamente. Creo que he vivido, recién nacida, en la estrechez, en las sombras, en lo oscuro: y, en torno a mí recogimiento, con temblores cuyos estremecimientos, cuando sueño, recorren todavía mis miembros, una forma, que se parece a la de una mujer, gesticula, emite gritos, ríe, llora. Me besa, me amenaza, se va, me deja, regresa, no sola. Una apariencia de hombre se presenta, se me traslada, se me acuesta, ya no veo nada más.

Sin duda duermo. Me despierto siempre en la oscuridad. Pero ignoro donde estoy. Y durante mucho tiempo, mucho tiempo, es así. Yo en un rincón, oyendo pasos a mi

alrededor. Luego nada, nada, nada, salvo sombras, sin pensamientos, sin vida. En fin, – ¿Cuándo? ¿dónde? Imposible encontrar el lugar ni la hora, – paso entre multitudes, en un día gris, mi mano tomada por la mano de alguien muy grande que me guía y tira de mí. Heme aquí, – tras un empujón– en un lugar donde no hay luz. ¡Ah! Sí, ¡un recuerdo preciso! Oigo una voz, no cruel (¿acaso sé si esa voz no era la de mi madre?) decirme, empujándome aún: «¡Quédate, quédate ahí!» Me quedo sin comprender donde me ha dejado. La noche está mi alrededor con gestos y palabras de personas que merodean. Veinte cosas, – sin que sepa cuales – me rodean, me rozan, me presionan; yo soy pequeña en un rincón. Miro, escucho, no entiendo. Veo enrojecer unas formas que brillan. La primera vez que entré en la cocina del convento, los brillos de los cobres colgados de sus ganchos en la pared, me recordaron esas formas rojas. Y permanezco allí mucho tiempo, no sé dónde. Pero no siempre. Se me conduce allí, luego vienen a buscarme para llevarme a otro lado, a un lugar que reconozco, que me resulta completamente familiar. Y sin embargo todo eso me parece producirse al mismo tiempo. Sin duda es la fragilidad de mi memoria de niña que eclipsa todas mis reminiscencias en una única confusión. Es probable que viviese en una casa donde de vez en cuando, tal vez el domingo, mi madre me llevase a otra casa. Pero tengo la sensación de que siempre estaba en una y en otra. Luego, bruscamente, en medio de tanta oscuridad, emerge una luz, ¡una gloria un triunfo! Y, un día, vi el Paraíso.

Ese día me evadí del rincón donde me encontraba, – tengo la impresión de que en ese rincón tenía miedo, ¡ya lo creo que tenía miedo! – me evadí lentamente, suavemente, sin hacer ruido, sin ningún ruido, – ¡estoy segura de que no hacía ruido! – subí, subí, subí. En torno a mí había blancuras redondas, deslumbrantes, – he visto después, en las fiestas de los jardines, farolas que se parecían a aquellas deslumbrantes luces, – subía cada vez más, sintiendo bajo mis pies, bajo mis manos, unas mullidas superficies, – debían ser alfombras –seguí subiendo siempre, y tras una repentina abertura, tuve ante los ojos un tan magnífico espectáculo que en este mismo momento, hablándoos, mis parpados palpitan extasiados. ¡Ah! ¡El Paraíso estaba allí! Cosas rosas, cosas azules, de oro, de plata, rayos de estrellas y de soles se mezclaban bajo un guirigay de claridades furiosas como en una enorme pajarera de cristal dónde mil pájaros exóticos tuviesen alas de pedrerías en llamas. Y, a través de las brumas de las gasas lucían unas nieves lisas parecidas a aquellas de las que, escotadas en los bailes, nosotros hacemos brillar en las miradas y a los lustres. Todo ese esplendor me entraba por los ojos, me penetraba por completo, me iluminaba interiormente de la cabeza a los pies. ¡Creí que absorbía todo un cielo repleto de ángeles, bruscamente desplegado ante mí! A veces una negrura, –imitando la forma de un hombre –atravesaba esa gloria, se inclinaba hacia los brillos, los tocaba, los oscurecía. Sin duda el Diablo entraba en el Paraíso para buscar a alguna elegida indebidamente admitida en las celestiales delicias y que reivindicaba el infierno. Lo que me lleva a creer precisa esta idea es que a veces una de las blancuras de nieve o de las rosas aladas de brumas de oro, se alejaba con la forma negra. Entonces se restablecía, imperturbable, milagroso y celestialmente claro, entre murmullos que eran sin duda comienzos de divinos cánticos, la universal luz poblada de ángeles y de serafines desnudos. Luego, me sorprendían y me llevaban, se me obligaba a bajar, pero de la radiante visión he conservado un encantador recuerdo, sin igual sobre la tierra, de lo que debe parecerse al cielo.

III

Desde que se calló, se produjo un rumor de cumplidos. Con toda seguridad, la princesa de Poléastro había tenido, muy pequeña, en algún sueño, la visión de

celestiales fulgores. Nada más sencillo, en suma. Dios en su gracia, puede conceder el presentimiento de casi realidad de sus fiestas, a aquellos o a aquellas que están destinadas a merecerlas. ¡Tan bella, tan piadosa, tan perfecta, era natural y legítimo que hubiese sido admitida de chiquilla a ver las luminosas dichas en la que sería admitida como un ángel!

Incluso el poeta parisino no dejó de agregar las suyas a las entusiastas felicitaciones de los demás...

Quizás aquella que el príncipe de Poléstro encontró dormida, sobre un montón de piedras, en un camino de las afueras, era la hija de alguna abyecta prostituta, que, los días de escuela cerrada, no sabiendo que hacer con su hija, la llevaba con ella a una de esas odiosas casas que se caracterizan por tener la puerta abierta y las ventanas cerradas, la dejaba en el sótano, o en algún rincón de la cocina; desde allí tal vez, la niña, atraída por los ruidos, las risas y la luz de las escaleras, se evadía hacia el salón de los espejos, donde gasas azules, doradas, argenteas, palpitan como alas sobre las lisas blancuras de mujeres desnudas como ángeles. Precisamente se acordaba de haber visto, antes, un domingo, pasando ante uno de esos abominables lugares, a una mujer, una madre sin duda, entrar allí de la mano de una chiquilla de cinco o seis años...

Pero tuve la prudencia de no perturbar, con tan impertinente hipótesis, los celestiales recuerdos de la princesa; consideraba que, bella y triunfante, virtuosa, ingenua, casi una reina, casi una santa, debía conservar la ilusión de que, cuando fuese al Paraíso, volvería allí.

EL AMANTE PUSILÁNIME

I

«Miss Rosa-y-Lis» (ese era el nombre que yo daba a esa señorita inglesa a causa de la doble eclosión que era todo su joven cuerpo miss Rosa-y-Lis ¡ah! su doble perfume) tenía tan agudos las puntas carmesí de sus senos y tan rojos los agudos extremos de sus dedos que no sabía cuando, las manos mezcladas con las sedas alborotadas del camisón, ella prohibía a mis besos los delicados esplendores de su busto, ¡si eran sus uñas las que me arañaban los labios o las puntas de su pecho!

Otras virtudes la adornaban.

La más notable era una fidelidad rara, asidua, perfecta, bien digna de ser presentada como ejemplar a las enamoradas francesas. Algo admirable: Durante las cuatro semanas en las que no me rechazó nada de lo que incluso es imposible de conceder, solamente una vez la sorprendí sentada, además casi vestida, sobre las rodillas de un muchacho de muy mala pinta, vestido con un traje de cuadros verdes sobre fondo rosa, que había ido a hacerle una visita – añadid además que yo era el único culpable, pues al fin y al cabo, ¿por qué había empujado tan impetuosamente la puerta? – y, más tarde, después de la imprevista aventura donde perdí, por mi culpa, sí, por mi gran culpa, la esperanza de ser amado por ella, supe hasta no poder dudar, que ella no había ofrecido la hospitalidad de todo su querido cuerpo de lis y de rosa más que a tres o cuatro de mis queridos camaradas.

¡Oh, fidelidad admirada que tantos encantos hacían más meritoria y más preciosa! Cuando pienso que, por un vano respeto hacia los más estúpidos prejuicios, por una pusilanimidad desconocida en los peores cobardes, he renunciado para siempre a la incomparable Rosa-y-Lis, el desprecio por mí mismo exaspera mi desesperación, e, inclinado hacia el espejito donde ella se miraba antaño, cuento sin piedad mis lágrimas una a una goteando, mis lágrimas, perlas dispersas del collar de dicha con la que ella me había atado...

Pero quiero contar esta historia, tan dulce al principio, tan cruel enseguida.

II

La conocía en un crepúsculo de otoño que todavía dejaba un fulgor rosa en los más altos balcones, en una de las calles próximas a la estación del Norte. Vestida con un traje de color malva, sin cinturón, hasta el suelo, un enorme sombrero la cubría, rojo,

donde se abrían las dos alas de una cotorra verde; caminaba con paso vacilante, casi tambaleándose, lo que habría podido despertar en el espíritu de un observador superficial la idea de una persona en estado de embriaguez. Pero yo, aunque las señoritas honestas se pasean raramente al anochecer por las inmediaciones de la estación del Norte, en traje sin cinturón, reconocí de inmediato, – tan bonita era, con unos ojos tan azules – que entre un ángel y ella no podía haber ninguna diferencia; y lo incierto de su caminar era debido a una extrema timidez, al espanto tan natural de encontrarse sola en la calle, en sombrero rojo y verde. No comprendo todavía de donde pude sacar yo – ¡débil hombre que, cuatro semanas después, debía mostrar un tan insuficiente coraje!– la audacia de hablar sin haberle sido presentado, a una joven tan modesta, tan evidentemente virtuosa. ¡Pues bien! Ella no pareció ofendida. (A menudo me lo contó después: ¡una súbita simpatía la había atraído hacia mí, que, por una presciencia que solamente pertenece a las almas puras, enseguida había adivinado la sinceridad de mi respeto, la probidad de mis intenciones!) No, no pareció ofendida; y, con un acento inglés que me encanta (desde mi primera juventud, yo había adorado castamente las ingenuas miradas de las jóvenes *misses* de los *keepsakes*!) aceptó enseguida cenar conmigo, a condición de que fuese en un reservado: «pues, añadió con un sonrojo que la hizo más bonita, no estaría bien, ¡oh! No, nada bien estar en la mesa con un caballero, delante de todo el mundo.» Tanta confianza, más sorprendente a causa de tanta modestia, me conmovió hasta el fondo del alma; y su forma de comer y beber en el restaurante, – admiraba sus bonitos dientes blancos y los movimientos de su cuello de cisne, – me afectó todavía más. ¡Ah! no mordisqueaba con esos aires desdeñosos, con el mohín de disgusto de las coquetas parisinas; no olía el champán de la copa a golpecitos de lengua, como una gata que lame. ¡Gruesos trozos y sonoros y amplios lingotazos al gazzate! Eso es estar concienciado de que se tiene un buen estómago. Y sin hacerse de rogar me contó su historia. No era inglesa sino irlandesa. Había llegado ese mismo atardecer de Dublín donde su padre (uno de los más ilustres caballeros de la vieja Erin) había sido asesinado, con las armas en la mano, combatiendo por la independencia de su país. Esta historia se desarrollaba entre tantas extraordinarias aventuras, en tan novelescas imposibilidades, que, no pudiendo creer ni una sola palabra de todo eso, sentía mi corazón henchirse de ternura y mis ojos anegarse en lágrimas; pues me parecía evidente que, bajo honestas e inverosímiles mentiras, esta joven extranjera omitía verdades más nobles todavía, devociones, sacrificios, que el respeto de sagrados deberes, o algún tipo de juramento, la obligaban a callarse, incluso conmigo. Mi admiración y emoción eran tales que no podía estrechar contra mí a esta magnánima joven, lo que me resultaba una delicia, – cuando, lejos de apartarse como hubiese hecho alguna cursi, ella por el contrario se entregaba al abrazo, – sentir hincharse bajo mi pecho esos jóvenes senos donde latía un corazón tan noble. Sin habernos confesado todavía nuestro amor, nos amamos tiernamente, profundamente, apasionadamente. Tres o cuatro botellas de champán, que hubiesen podido disipar nuestras ternuras en frivolidades y en risas, las hacían, por el contrario, más intensas, mas encarnizadas. Sencilla y leal ella no se defendía, semejante, en su perfecto abandono, a la esposa que se entrega al esposo largo tiempo esperado. Pude, desde ese momento, poseerla como en la sana brutalidad del himeneo; de tal modo recompensaba, por la lealtad de su consentimiento, el fervor de su deseo; a menudo me lo contó después: ¡una súbita simpatía la había atraído hacia mí, que, por una presciencia que solamente pertenece a las almas puras, enseguida había adivinado la sinceridad de mi respeto, la probidad de mis intenciones! Tres horas más tarde, en la casa que a partir de aquél momento sería la suya, compartía mi cama sin asombro ni rubor. Y, durante toda la larga noche, su confianza no se desmintió ni un instante. Y, por la mañana, nada la había disminuido,

pues, a través de mis pestañas todavía unidas por el sueño, vi por la habitación a Rosa-y-Lis, ya levantada, desnuda (el pudor es una hipocresía desconocida a los corazones sencillos), ir y venir a sus anchas, como en su casa, abrir los armarios, abrir los cajones, tocar las figuritas, e incluso sin cortarse un pelo, habiendo encontrado sobre la repisa de la chimenea los diez o doce luíses de un monedero abierto, meterlos en un bolsito de cuero que ella había puesto bajo la almohada. Yo la miraba hacer con los párpados hinchados de lágrimas reconocidas.

III

Desde entonces fui tan feliz que tal dicha no podría ser expresada. La confianza, la condescendencia de Rosa-y-Lis, con la que me enorgullecía tanto como de su amor – puesto que lo eran en efecto, – aumentaban de hora en hora. No solamente me prohibía nada de lo que le pedía, – por juego, mezclar mis manos con las perifollos de su camisón – sino que jamás rechazaba nada de lo que yo le daba. Por ejemplo, cuando viendo en el escaparate de una joyería un collar de perlas o de zafiros, le decía: «Creo que te sentaría muy bien, mi Rosa-y-Lis. – Yo lo creo también,» respondía ella, resignada; y aceptaba el collar. Aceptó con la misma sumisión la elección que yo hice y que ella ni siquiera discutía, de un cupé, tres caballos y una casa en Ville-d'Avray. Ella no tenía ninguna necesidad de ver lo que yo quería ofrecerle, jurando que sería feliz de tenerme a mí. ¡No podía equivocarme! ¡Yo sabía mejor que ella lo que le convenía! «¡Todo lo que te plazca me gustará!» ¡Oh! ¡Qué elevado y puro goce sentirse tan plenamente dueño de una alma tan bella y de quién el cuerpo es tan bonito.

IV

Mis más deliciosos días, – no quiero hablar de las exquisitas noches donde mi Rosa-y-Lis tan merecido tenía su nombre – mis más deliciosos días eran aquellos que pasábamos en el campo. Como dos niños nos íbamos bajo las ramas, a través de las hierbas. Nunca estaba cansada, a pesar de las largas caminatas, y si a veces se detenía no era porque estuviese fatigada, era porque quería ser besada. Y allí, incluso caminando, la besaba. Su forma de hablar balbuceante, debil o bulliciosa, me encantaba a causa de la voz, a causa del acento, – a causa de ella. Fue entonces como tuve la certeza de que las currucas cantan en inglés. ¡Los ruseñores son tenores italianos! Pero es en inglés el trino de las currucas de los bosques o las de los rosales, de cabeza negra o gris. Como Rosa-y-Lis había debido ser tan bien educada, conocía seguramente los grandes poetas de su país. Yo le rogaba, en nuestros altos, que me recitase versos de Shakespeare, de Dryden, de Keats, de Swinburne. Ella no se hacía de rogar de lo buena que era. Recitaba, cantaba también odas, elegías, de las que yo no comprendía palabra, pero cuya exótica sonoridad me extasiaba. Hablando con franqueza, me sorprendían algunas veces algunos ritmos brutales y vulgares: ¡se hubiese podido creer que uno escuchaba no poemas, sino canciones de cabaret! Ustedes ya saben, cuando no se conoce el idioma...

Pero mi perfecto deslumbramiento se producía cuando Rose-y-Lis, en algún claro, con la risa en los labios, en los ojos, alegre, loca, tomaba sus faldas a manos llenas y bailaba, saltaba, brincaba a través de los brezos, levantaba la punta de su botín hasta las ramas más bajas de los robles, y se extendía completamente sobre la hierba abriéndose de piernas. ¡Juegos de esposa feliz que antes fuese una niña ingenua! y, cayendo la noche, regresábamoaos a nuestra querida casa, donde yo no sabía cuando Rosa-y-Lis

fingía defender los esplendores delicados de su busto, si era su uña o una de las puntas de su pecho lo que me arañaba los labios.

Desgraciadamente, ¿qué felicidad no se acaba?...

V

Una vez, hacia finales de la tarde, cuando yo volvía a casa, llevando en un estuche un brazalete de oro incrustado de rubiés (que ella aceptaría, ¡lo sabía perfectamente! como lo aceptaba todo, ¡la querida y obediente muchacha!), me sorprendió encontrar abierta la puerta del zaguán.

En el salón, Rosa-y-Lis, despeinada, estaba tumbada en un sofá, entre dos hombres en chaleco sucio, uno de pie, el otro sentado ante una mesa y escribiendo.

Cuando me vio, exclamó:

–¡Ah! ¡Aquí está!

Con una sonrisa, sin embargo inquieto, dije:

–Sí, aquí estoy...

–¡Es él! – gritó ella aún.

Yo sonreía más inquieto.

–Sin duda, soy yo.

El hombre que escribía gruñó: «Bueno. ¡Esto ya está!» mientras el hombre que estaba de pie me empujaba por el hombro y me obligaba a sentarme cerca de Rosa-y-Lis.

Entonces ella, muy bajo, muy aprisa, mientras los dos agentes conversaban entre ellos, dijo:

–Fíjate. Esa vieja portera (cosa singular, me parece que Rosa-y-Lis tenía el acento menos inglés que de ordinario), esa vieja portera, hace dos meses en la calle de Astorg, fuimos yo y mi hombre quiénes nos la hemos cargado. Me han pillado. A él no.

Confiesa que tú has dado el golpe.

–¡Eh!

–Sí.

–¡Pero!...

–¿Qué?

–Es la guillotina.

–No, te enviarán a La Nueva². Se me enviará allí también. Y si tí lo salvas...

–¿A quién?

–A mi hombre...

–¿Tu hombre?

–¡Me acostaré contigo, allí!

Bien – ¿me atrevería a confesarlo? ¿Me atrevería hasta ese punto a afrontar el desprecio de aquellos que me leyeron?– este ruego tan sencillo, tan natural, de mi Rosa-y-Lis, ese consejo de confesar que yo me había «cargado» a la portera de la calle de Astorg, de someterme a juicio y a la condena en lugar del verdadero asesino, ¡no podía ceder a él! Indignado por tener que pasar por alguien que ha asesinado a una anciana, (a uno le cuesta tanto sustraerse a las ideas que nos fueron inculcadas desde la infancia) o temor al jurado, o aprensión al presidio, no lo sé: el hecho es que me levanté de mi silla gritando: «¡Ah! no, ¡ah!, no, de ninguna manera. ¡No he sido yo! ¡no he sido yo quién ha dado el golpe! ¡Me llamo Valentin Masson! ¡Pueden ustedes informarse! » y todavía

² Se refiere a Nueva Caledonia. En 1863 Nueva Caledonia es designada como colonia penitenciaria para los condenados a trabajos forzados. (N. del T.)

veo la amarga mirada de reproche con la que la querida joven, llevada por los agentes, rechazó el gesto, arrepentido ya, con el que mis brazos tendidos le imploraban.

VI

Ella ha partido...

No volverá más...

Imbécil, – ¡y cobarde!

¿Que es lo que podía hacerme, os lo pregunto, pasar por el asesino de una vieja, por estar sentado entre dos gendarmes y ante unos jueces, y escuchar una requisitoria, y viajar al fondo del calabozo, de ser un presidiario? ¿Por qué tuve que negarle a ella tan poca cosa, a ella, que nunca se había negado a hacer lo que yo le pedía, ni rechazaba nada de lo que yo le daba?

Pero hete aquí que hay prejuicios...

Y ahora ellos están allá, en la Nueva, ambos, su hombre y ella; tal vez hayan obtenido una tierra, por buena conducta, edificar una casa donde duermen juntos, donde yo habría podido dormir con ella si hubiese tenido coraje.

En lugar de eso estoy triste y lloro. Mis lágrimas, en el espejito donde se miraba, son las perlas derramadas del collar de dicha con el que ella me había atado...

No, la mala suerte es que yo no la hubiese conocido algunos meses antes, porque entonces habría dado el golpe con ella, y, así, ¡todo habría ido sobre ruedas!

LA ESPANTOSA VENGANZA

I

El moribundo, en un balbuceo desmenuzado sílaba a sílaba por el ahogo del estertor, dijo:

–¿Eres... tú... querida... esposa... mi querida... esposa... eres... tú... quién está ahí?

–Sí, amigo mío,—dijo ella.

–Bien... bien... estás ahí... bien...

Y trató de girarse, se giró para poder verla. En la habitación dónde, por prescripción médica, ya no se dejaba entrar más el día del cielo (una lamparilla, más allá de la cama, tenía, sin brillo, la llama nula de un ojo de ciego), como para familiarizar al enfermo con la sombra sepulcral, la joven esposa cerca de la cabecera, en camisón blanco, muy bonita, – al día siguiente se pondría de luto y sería más bonita todavía, – mostraba ese poco de desorden en su peinado, y esa mirada a través de las pestañas mojadas, y esa desolación al sonreír, y esa elegía casi fúnebre de la actitud, bastan para demostrar, incluso a las personas más perspicaces, la sinceridad perfecta de la compasión.

–El doctor... conoce... mi... valor... me ha dicho la... verdad... voy... a morir... pronto...

–¡Amigo mío!

–Es... el... fin...

–¡No! ¡no!

Ella sollozaba, bastante bien. Sin embargo él notó, en un plegamiento furtivo en sus labios, en sus pálidos labios, una especie de desdén que inspira el juego de un actor desigual en su papel, ocultando demasiado poco el «oficio»

–¡Sí!... ¡sí!... el fin. Entonces... te he hecho... llamar... enseguida... porque tengo que... hablarte...

Su pecho se ensanchaba, se hinchaba.

–...Hablarte...

Apoyaba la cadencia de cada palabra, tanto más, tanto menos, sobre el trampolín de su pecho, cediendo y alzándose como un acróbata que va a lanzarse.

–...Hablarte...

Y, bruscamente, poderosamente, con una sola aspiración, tal vez la última:

–... ¡para recordarte tus crímenes, todos tus crímenes, y para ejecutar la más espantosa venganza!... ¡oh! ¡una venganza terrible!

Ella se asustó, sinceramente. Lo dedos de un agonizante, en un supremo delirio, pueden encontrar fuerzas inusitadas, ¡asir, desgarrar, estrangular! « ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué os ocurre? » y se alejaba. Pero con una mano la atrapó, la obligó a acercarse, a sentarse sobre la cama, donde la retuvo.

Y habló con claridad.

II

–Durante nuestro noviazgo, en casa de tu madre, en el castillo de Ars-les-Roses, no te gustaba, a pesar de sus diecisiete años, jugar más que a chiquilladas. Cuando entraba en e salón, inesperado, huías llevando contigo una muñeca! Habrías llorado todo el día si el gatito hubiese muerto. Mirabas con ojos de un azul nulo y como virgen de reflejos, tus canarios en su jaula; si se picoteaban, tú no te dabas la vuelta, tal era tu inocencia. Una vez, me dijiste: «Es raro casarse con un hombre. A mí me gustaría casarme con mi hermanita que tiene ocho años.» De modo que se me censuraba casi someter a las brutalidades de la noche de bodas a una niña como tú, que no sabía nada y que estaría asustada, tan cruelmente tal vez, sabiendo...

Ella se había tranquilizado. Él había tenido delirios, eso era todo. Ahora él se iba calmando; y, próximo a dejar de vivir, se regocijaba evocando las jóvenes y felices horas de su vida.

–¡Qué queréis amigo mío! Yo tal vez era un poco ridícula, siendo tan pueril; no era culpa mía. La educación en el convento de las hermanas de la Visitación es muy severa. Es un convento de provincias. Allí no se permite leer, no, ni siquiera libros que se hubiesen obtenido en premio, y en los romances que se cantan, en lugar de amor, hay tambor.

Pero él dijo:

–¡Venga ya! ¡tú mentías! ¡todo en ti mentía! y tan mal, que ni un minuto me engañaron tus hipocresías doblemente infantiles. ¡Si, ni un minuto! No, ciertamente, es extraordinario como las mujeres cuentan tanto con la estupidez de los hombres para atreverse a querer abusar de ellos con tan poco arte, con tan poca sutilidad y malas estratagemas. ¡Cómo! ¿Os imagináis, mediocres simuladoras, que nosotros os creemos tales como os mostráis? Pero, mira que sois tontas, sabedlo pues, es solo nuestro consentimiento a vuestros ardides de lo que están hechos los triunfos de los que os enorgullecéis. Y quiero, mediante mi venganza por tus mentiras, arrancarte la ilusión de que estuve sumido en el engaño. Apenas te vi, cuando ya no ignoraba nada de los viles deseos y de los bajos instintos que indicaban, precisamente, el candor exagerado de tus ojos y de tu sonrisa. Tu inocencia, torpe chiquilla, era negada por su mismo exceso. ¡Sobrepasabas los límites! ¡Eras inverosímil! Tus ignorancias del himeneo afirmaban que no se te reservaba nada desconocido; bastaba observar la mirada desprovista incluso de curiosidad con la que, tan niña, considerabas la asexualidad de tu muñeca antes de vestirla, para estar seguro de que las expertas confidencias de las mayores, bajo los castaños del convento, te habían informado minuciosamente sobre las diferencias entre el hombre y la mujer; y, cuando incluso una legítima sospecha no me hubiese hecho entreabrir mi puerta por las noches en el corredor del castillo, donde se deslizaban unos pasos furtivos, cuando incluso no hubiese seguido a una sombra blanca dirigiéndose a tu habitación, hubiese adivinado, aunque solo fuese en la inadmisibile y absurda ingenuidad con la que deseabas casarte con tu hermanita, que, – todo el mundo dormido, excepto yo – tu criada de alcoba, puta que sirvió en casa de putas, iba contigo,

se sentaba sobre tu cama y te leía en voz baja bajo la lámpara, *Félicie ou mes fredaines*, y que, después de alguna páginas, detestables amigas, ¡dejabais de leer!

Ella se sobresaltó.

–¡Eso no es verdad! ¡eso no es verdad!

Luego, inclinada, con una cólera en los dientes, cólera más bien de mentiras sorprendidas que por la falta cometida:

–Además, si creías eso, ¿por qué te has casado conmigo?

–Por desgracia, – dijo él – porque más inteligente que las mujeres, y aún descubriendo sus ardides, el hombre es más débil que ellas a causa del amor, ¡y yo te amaba!

Luego él continuó:

–Los días pasaron. ¡Llegó la noche de bodas! En la clara cama de encajes y de pureza yo me acerqué a ti palpitante. Y tu tenías unos miedos adorables porque mis labios buscaban tu boca, porque mis brazos querían estrecharte sobre mi corazón, porque, de una inspiración de todo mi ser, yo aspiraba al indecible éxtasis de toda tu belleza, por primera vez, sobre todo mi cuerpo. Y tu huías, con ruegos, tu tratabas de sustraerte, de escaparte, de deslizarte a otra habitación, ¡oh, mi pequeña, oh mi dulce, oh mi exquisita esposa!...

Ella pensó que, conmovido por recuerdos deliciosos, renunciaría a las ultrajantes sospechas.

–Sí, tenía miedo – dijo ella – un miedo donde mi ternura se mezclaba con dos esperanzas, pero tan terrible sin embargo. Y esa noche tu has debido ver, cruel, cuan mal me había juzgado, cuan digna era de tu confiado amor...

Él exclamó:

–¡Miserable! ¡Ni en uno de esos desaires, demasiado asustados, se dejaba de manifestar la simulación de un espanto que no sentías! La destreza de tu cuerpo evitándome, de tu mano apartándome, revelaba sin lugar a dudas tu perfecta sabiduría de lo que fingías ignorar y de temer a la vez. Tu no tenías, ángel, resistencias de muchacha que no sabe. ¿Por qué? Porque –¡oh ¡vano cálculo del que yo sorprendía la manifiesta estrategia! – era necesario que la ceguera, la enloquecida exasperación de mi deseo me pusiera en un estado tal que no me permitiera discernir que tu pudor, violentamente vencido tiempo atrás mediante la insolencia, un mediodía de tormenta, de algún criado de algún molino en una muela de heno, o traidoramente envilecido bajo las faldas que ocultan la mano, una noche de landau familiar, por algún viejo pariente encendido de quién ninguna indiscreción es de temer, no me había reservado la primera victoria, ¡exigencia y esperanza del caluroso himen!

–¡Mientes! ¡mientes!– gritó ella, con los dedos crispados bajo sus cabellos y las uñas en la piel del cráneo. Pero si tú creías eso, ¿por qué no me echaste de tu cama?

–Por desgracia – dijo él – ¡eras tan bella!

Y todavía la retuvo.

–Sabrás todo. ¡Oh! ¡Cómo me vengo, orgullosa mentirosa! Jamás, jamás, escúchame bien, has conseguido inspirarme fe en tus groseros dobles juegos. ¡Jamás, jamás! No hacía tres días que estábamos casados cuando, en los postres, mi mejor amigo estrechaba tus pies entre sus pies. Tú estabas segura, llena de confianza en la impasibilidad sonriente de tu sonrisa, en la frivolidad indiferente de tus palabras, que yo no dudaba en absoluto. ¡Loca! ¡loca! Yo sabía que él tenía tu pie entre sus pies, e incluso advertí el instante preciso en el que, no sin una habilidad que tu no habrías tenido, él se atrevió con una mano que había recogido la servilleta, a tomar tu pierna y ¡ponerla sobre la suya bajo el mantel! ¿Reías? ¿mirabas el ala de la perdiz que estaba en tu plato? Yo sabía que el calor del deseo te subía desde la pantorrilla al vientre, y del

vientre al corazón, y del corazón a tus labios mojados con un poco de champán, como esperaba hacerlo sospechar tu frecuencia bebiendo, bebiendo todavía. Todo lo que has intentado, y conseguido, contra mi amor y mi honor, lo he sabido siempre. Cuando ibas a casa de tu madre, en el verano, a Nogent-sur-Marne, yo sabía que no ibas allí. Cuando ibas a las tiendas del Louvre, sabía que no lo hacías. Cuando ibas a casa de tu costurera o a las matinés de Bodinier, sabía que no ibas. ¡Dios mío! ¡qué mal mentías, pobre mujer! Luego, un día, te recuerdo que en la infatuación de tus acostumbradas aparentes victorias, decidiste burlarte de mí más aún de lo que hasta ese día habías hecho. Ingenua y bonita, con los aires de nuestro noviazgo en el castillo de Ars-les-Roses, me dijiste que, afectada de un escrúpulo a causa de una de mis demasiado intensas caricias, a la que tú no te habías negado, querías ir a una iglesia para obtener la absolución en confesión. Pero puesto que yo no había estado ausente de la falta, no estaría completamente ausente de la remisión. Te acompañaría hasta la iglesia de San Eustaquio; no entraría, tú no exigirías esos, sabiéndome poco devoto; pero yo te esperaría en la puerta, en el coche: y tu vendrías a unirme a mí, una vez cumplidas tus devociones. «De acuerdo» te dije. Y esperé delante de San Eustaquio, del lado de los Halles, sabiendo perfectamente que en la calle Montmartre hay otra puerta, sabiendo perfectamente que en esa puerta te esperaba el Sr. De Argelès en un carruaje; y cuando una hora más tarde, despeinada y con el vestido arrugado por una aventura entre cortinas bajadas, tú subiste al coche donde te esperaba, no dudé en parecer persuadido que la humildad ferviente de las prosternaciones y los impulsos hacia las celestiales piedades, eran las que te habían puesto en ese estado de casquivana. ¡Desde luego, desde luego, cien veces, cien veces, y cien veces habría debido echarte, matarte! Pero repudiarte o matarte me habría privado de tí, y, ofendido, burlado, carnudo, pero no engañado, – ¡todavía te quería, todavía, siempre! Y te dejé, en mi imposibilidad de no poseerte más, con la quimera de tus victoriosas mentiras. Pero hoy, cerca de la muerte, me vengo terriblemente de tu falsedad, revelándote que fue vana, y que fui, no el engañado, sino, en mi propio interés, el cómplice. ¡Ah! pobre mujer, cuya vanidad creía en mi imbecilidad, desengáñate por castigo, y has de saber que, en tu orgullo espantosamente humillado, – pues, siendo mujer, tu concedes más premio a la gloria de tus estrategias que a los placeres que les debes, – ¡has de saber de una vez por todas que aquel de nosotros dos que se ha burlado del otro soy yo!

Entonces ella rechinó los dientes.

Y, rabiosa, con una baba de odio en los labios, dijo:

–¡No! ¡no! ¡tú no sabes todo! Tú no has sorprendido ni adivinado todo! ¡Hay algo, sí, algo que has ignorado, algo que ignoras!...

–¿Lo qué?

Ella se levantó, feroz:

–Escúchame ahora a mí.

Y, tras una mirada a la habitación, hacia las puertas cerradas, inclinada hacia la almohada, susurró:

–¡Escucha! Tú crees, y ese imbécil de tu médico cree también que mueres de una enfermedad de hígado hereditaria. No, no, tú mueres porque...

–¡Porque tú me has envenenado! ¡Lo sé! ¡Lo sé!– jadeó el moribundo.– Tú me has envenenado con arsénico comprado, lo juraría, en pequeñas cantidades en la farmacia de Ars-les-Roses. Tú me has envenenado para casarte con el Sr. De Argelès, más rico que yo, al que tú engañarás como a mí, y que, él también fingirá, puesto que te ama, no ver como te burlas, pero lo verá. Sí, sí, envenenado. Desde hace tres días, ni una de tus miradas hacia mi cama, para acechar el instante en el que, yo dormido, no podrías ser sorprendida acercándote furtiva hacia la taza de manzanilla, no se me ha escapado,

¡traidora! Y antes, apenas has entado en esta habitación, has puesto polvos blancos – upes hay moribundos que no mueren – en la poción de morfina con la que se dulcificarían mis supremas angustias. ¿Denunciarte? Habría deshonrado a los hijos que han recibido de mi el apellido, sino la vida! Y estoy suficientemente vengado puesto que sabes que no has podido ocultarme ninguno de tus crímenes.

En ese momento, entró en agonía y entregó el alma, también satisfecha como se puede estar en semejante circunstancia.

III

Hace un año que está viuda. Está triste, le repulsa divertirse, permanece hundida en inconsolables melancolías. Unos admiran en ella la desesperación en vida de las antiguas Artemisas; otros, escépticos, suponen que su marido, con maldad, mediante un testamento avaro, la privó de la opulencia que esperaba. Todos se equivocan. Ella no añora al difunto y ha heredado una fortuna considerable. Si sufre, si está destinada a sufrir todavía, cruelmente, espantosamente, es porque sabe, es porque no pudo dejar de saber, desde las palabras en el lecho de muerte del sutil esposo, que ¡ELLA NUNCA LO ENGAÑÓ!

LA PERLA NEGRA EN LA MEDIA

I

En la sórdida callejuela de las afueras, en la periferia no parisina, sino en los extrarradios de provincias, donde pulula la miseria sin tregua y el vicio sin bohemia, había un caserón bajo, – fachada de yeso que se desconcha como en costras de herida seca, – hinchado como un enorme vientre leproso; y ese vientre tenía un gran número por ombligo.

Ese caserón era el número 19. Cabaret y casa alegre. Ofrecía vasos y bocas. Vasos llenos de sucio vino, bocas llenas de sucia saliva. Y si raramente se lavaban los vasos, más raramente se lavaban las bocas. Y la triste sed y el lamentable celo de los pobres frecuentaban ese infame tugurio donde algunas putas, de mesa en mesa, llevaban botellas y proponían camas, vendiendo como en un mercado eso que tiene de consuelo y de ideal aún en los peores alcoholes y en los harapos rosas y verdes alrededor de los flacos huesos desnudos o de las obesidades sin ropas. Allí iban soldados con uniformes ya manchados por recientes porquerías; y obreros, en blusas flojas, blancas por el yeso; y a veces, tímido, con aire de temer que se le eche, vestido con camisa floja y cubriendo su cabeza con un sombrero redondo, un jovencito sin bigote con un bozo rubio en el mentón, que se sentaba en un rincón lejos del gas, y miraba, tal vez virgen. En cuanto a las putas, con su aspecto de esperarse de todo, con el consentimiento a todo en la vileza de sus brazos, en el apático va y viene de su pecho, en el grueso balanceo de sus caderas, con la imposibilidad de la negativa en el rictus de sus bocas con dientes raros, podridos por preocupantes caries, se llamaban Rosa, Margarita y Camelia, abominable parodia de las virginales flores, o bien Laura, Safo, Mascota, reminiscencias novelescas de poemas y de vodeviles; y la agitación de una cinta lila o malva, aquí y allá, despertaba entre los huéspedes de la fiesta, en los viles hombres allí presentes que no querían recordar, candores de amores pueriles o de orgullos de quiméricos amores. Las mujeres bostezaban, cansadas.

II

Ahora bien, un día llegó un hombre diferente de todos los que estaban acostumbradas a ver. Parecía tener treinta años aproximadamente. Era bien parecido, con elegancia desde el modo de entrar y con cortesía en el aire con el que las miró. Ellas quedaron muy sorprendidas, tanto o más por que él tenía en la pechera de su camisa tres

cositas opacas y brillantes a la vez. Unas perlas negras. Jamás habían oído hablar de que hubiese perlas de ese color. Se preguntaban que hacia un hombre tan bien vestido y de porte tan distinguido en su casa. En efecto, había algo extraordinario en esa visita. Era peculiar que un hombre como aquél hubiese ido a esa casa. Pero los viajes tienes esos azares. La curiosidad de un rico o ilustre turista puede conducirle a querer observar, solo, habiéndose desembarazado del guía y de los intérpretes, los barrios realmente curiosos de la ciudad que atraviesa. Príncipes han tenido tales caprichos. Además hay, incluso entre los de más rango, vicios repentinamente satisfechos en lo inmundo, y los sadismos principescos se rebajan a las satisfacciones de los patanes. Fuese quien fuese, ese hombre había entrado en esa casa. Y, al mismo tiempo que asombradas, las putas se sintieron inquietas: temían ser engañadas, admirando sinceramente lo que él tenía de prodigioso con tanta elegancia y visible riqueza. Camelia dijo: «Ese debe ser alguien de la policía.» De ahí un pavor. El «19» consentía algunas veces en irregularidades mal toleradas por la administración. Se hizo un silencio. Se consideró conveniente a causa de ese desconocido. Safo, que se había sentado sobre las rodillas de dos artilleros, se levantó y encendió un cigarrillo para ver lo que ocurriría.

Además el visitante se comportó con toda normalidad. Hizo señales a una de ellas, a Safo precisamente. No demasiado fea, bastante joven. Tras un acuerdo con ella, abandonó el salón siguiéndola, subió los peldaños de una escalera de caracol y se encontró en una habitación casi parecida a un cuarto de criada, – pero en una cromolitografía unas palomas se picoteaban – se desnudó y no exigió nada (Safo regresó oliendo a agua fresca) lo que pudo espantar la experiencia de una prostituta; se volvió a vestir, apacible. Ella le preguntó: «¿No olvidarás hacerme mi regalito, querido? Yo meto en mi media todo lo que se me da.» Él sonrió. Quitó de la pechera de su camisa una de las tres cosas opacas y brillantes a la vez, e, inclinándose, la deslizó debajo de la liga, en una de las media negras de Safo. Hecho esto, volvió a bajar la escalera; guiado por la muchacha, no atravesó el salón por dónde había entrado, sino que siguió un corredor cuya puerta daba a la calle y desapareció. Al regresar a la sala común, Safo dijo: «¿Sabéis lo que me ha dado? Uno de los botones de su camisa. Me lo ha puesto en mi media. – Bueno, dijo Camelia, ¿qué es lo que os había dicho? Estaba demasiado bien vestido para ser cierto. ¡Es un policía y te ha estafado, hija mía!»

III

Safo no tenía más que veinte años. A los doce, hija de granjera, un cochero la había arrojado contra un talud. Juliana, – ese era entonces su nombre – se sometió después de haber gritado. Le dolió al principio; dos días después ya no sentía nada. Pero el cochero había contado el asunto. Qué era fácil. Que no se quejaba después. Eso le granjeó una reputación en la comarca. Aquellos que no tenían amiga, e incluso los que la tenían, la acechaban después de cenar, detrás del seto diciéndole: «Ven», para ver lo que ocurriría. Sucedió lo que se quería. Eso no le hubiese pasado si se defendiese cuando la arrojaban contra un talud o cuando la empujaban en una cuneta. Al cabo de algún tiempo ya no se molestaban con ella. Era conveniente que estuviese dispuesta para cuando tenían ganas. Ella no encontraba placer en ello, no del todo. Servía a toda la región sin que se le sirviese a ella en nada. Pero era una costumbre que había tomado, dejarse hacer, como los demás habían tomado el hábito de hacer uso de ella cuando se le decía. Finalmente quedó embarazada. ¿De quién? De unos y de otros. Se le habría dicho: «Estás embarazada del perro de la granja,» y ella habría respondido: «Es muy posible.» Había prestado tan poca atención a tantas personas que la tomaban que bien había podido haber un animal entre ellas. Esos hombres se divertían con ella porque no se atrevía a

rechazarlos por la razón de que no había rechazado a los primeros; de ese modo no le molestaba más levantarse las faldas en el sendero que poner los cubiertos en la cocina de la granja. Finalmente quedó embarazada. ¡Una verdadera suerte! Con su pequeño muerto, partió para la ciudad de nodriza. Como conservó unos buenos senos, incluso después del pequeño burgués al que amamantó, entró a servir en una casa donde no tenía más que hacer que lo que había hecho antes en las cunetas y contra los taludes. Un buen lugar, realmente. Alimentada, vestida y acostada. En cuanto a abrir las piernas, eso no le preocupaba: a los doce años había aprendido como tenía que hacerlo; y le divertía tener, en una bella sala con gas, donde venían militares, cosas azules y rosas sobre el cuerpo. Por ejemplo, jamás había comprendido porque se la llamaba Safo, ya que se llamaba Juliana, pero no pensaba demasiado en eso; con tal de comer cuando tenía hambre, y de beber cuando tenía sed, e incluso cuando no tenía sed... Era una especie de animal, gorda, blanca, que no sentía placer en ser acariciada... y nada le sorprendía... Ni siquiera se había encolerizado cuando un caballero tan bien vestido la había estafado poniéndole en la media una cosita redonda, negruzca, que bien valía dos centavos; ella la miró preciosamente, sin saber por qué, como un fetiche.

IV

Pero se enamoró.

Ellas han de amar un día u otro, incluso aquellas donde se envilece el amor de los demás.

¿A quién amó?

A una especie de aprendiz de blusa blanca, no alto, no fuerte, frágil, con manchas rojizas sobre una piel pálida, un divertido muchachito al que hacían venir a veces cuando algunas personas lo solicitaban.

Tenía un aspecto de mujer que acaba de dar a luz; la cara pálida, arrastrando la pierna, caminaba de mesa en mesa, y cantaba canciones de cabaret con una voz muy bonita. Hubiesen debido contratarlo en un teatro. ¡Ella se prendó de él, apasionadamente! Cosa increíble. Fue en un minuto, en una cama de casa pública, donde esta muchacha que había pertenecido a todo el mundo, se entregó por primera vez.

Un día él le dijo:

—¿Tienes valor?

—Si tú quieres.

—Hay un golpe que dar.

—Si tú quieres.

—Se trata de los burgueses que van de viaje.

—Si tú quieres.

—Tú, entrarás primero, conversarás con la criada..

—Si tú quieres.

—Mientras que...

Ella le saltó al cuello.

—¡Todo lo que tú quieras!

Pero el asunto fue un fiasco. Fueron condenados, él a diez años de trabajos forzados y ella a dos años de prisión.

V

Cuando salió de prisión, sin un centavo, con un viejo vestido sobre la espalda, ni sombrero para cubrirse la cabeza, y aquél al que amaba, o que ya no amaba – pues dos años en prisión se hacen largos y eso cambia las ideas – preso por ocho años aún, caminó en línea recta como alguien que busca un río al que arrojarse.

No se arrojó al agua porque encontró a un hombre que le habló o a quién ella habló en primer lugar. Lo que había hecho en la vil casa de las afueras, lo volvió a hacer en los turbios hoteles, en las esquinas de las calles, bajo las puertas de los garajes. No bonita cuando era joven, más casi deseable por el grosor lechoso de las carnes, he aquí que la angustia y la prisión la habían enflaquecido hasta no ser más que un pellejo colgante y amarillento sobre unos gruesos huesos. Pronto fue, odiosamente, en Burdeos, o en Toulouse, o en París, la merodeadora nocturna cuya edad no sabría incluso presumirse, y que, titubeante, deslizante, con aire de querer entrar en la pared de donde tal vez ha salido, hablaba en voz baja a los paseantes, ofreciéndoles no se sabe demasiado que, balbuceando, y dispuesta a venderse, parecía mendigar que no se la comprase.

VI

Miserable, enferma, pasando largos días en la procura del pan y largas noches sin techo, delirante y soñando con una mesa donde le sirven platos, Ni una camisa, apenas un vestido, y los tufos de malos alcoholes apestandole el aliento; la miserable rodó hasta el fondo de la abyección. Fue echada de los despachos de bebidas, cerca de las fortificaciones, la horrible vieja a quien los pelos grises salían debajo de un sucio pañuelo rojo y que merodeaba, arisca a las horas de la peor desolación. Se consolaba con un recuerdo; aquél que pasó en la vil casa de las afueras de provincias. En aquella época al menos había saciado su hambre, calmado su sed, más que su sed. E incluso, entonces, tenía muselinas alrededor de las caderas, cintas en los cabellos; tenía medias negras que hacían parecer más blancas las carnes de sus mullidas caderas, y, en esas medias metía pequeños objetos, algunas veces monedas de cien centavos. Por instantes pensaba con amargura en el hombre, en el hombre desconocido – «alguien de la policía» había dicho Camelia – que le había puesto en la media una cosa redonda, opaca y brillante; una cosa que siempre había conservado como un fetiche. Ella se había equivocado guardándola. Era una estafa que le había hecho ese caballero. El fetiche portador de buena suerte había sido una maldición.

La desgraciada cayó más bajo aún en la indignancia, en la miseria, en el horror. No ganaba ya nada incluso con los borrachos con quienes se emborrachaba. Iba dando tumbos a lo largo de las paredes, hambrienta, medido adormilada, horrible, destinada a morir antes de una hora, consintiendo en ello. Un día finalmente, – era en París, barrio de Saint-Martin, ante una tienda donde se vendían y compraban objetos en el Monte de Piedad, – ella desfalleció, jadeante. Los transeúntes se detuvieron. Personas caritativas tuvieron piedad de esa vieja que caía de enfermedad o de inanición, hablaron de llevarla a una farmacia, de hacer una colecta. Era demasiado tarde. La pobre anciana estaba muerta. Unos guardianes de la paz levantaron el cuerpo y se lo llevaron...

VII

El hombre que tenía la tienda donde se compraban y vendían objetos en el Monte de Piedad había mirado, sin mezclarse, toda la lamentable escena. Deploraba esa especie de conmoción que espantaba a los clientes. Una vez alejada la multitud, iba a regresar a su almacén. Se detuvo, había visto algo redondo y de sombrío brillo sobre la acera. Se

bajó, recogió la cosita brillante, la miró, la miró todavía más, se estremeció, se volvió rojo, regresó a su tienda fuera de sí. Había encontrado una perla negra que valía quince mil francos.

EL HORRIBLE IDILIO

Eran las diez de la noche. Cerca de la plaza de Anvers. La noche oscura desplegaba un inmenso hormiguelo de estrellas sobre el bulevar exterior semejante a un espantoso río de sombras entre las líneas paralelas de las farolas de gas que se alejan sin fin. Por momentos, a pesar de los cabarets próximos y las tascas de donde sale el ronco tintineo de los cobres, todo era silencio. Pero un silencio inquietante, pérfido, que se intuye lleno de palabras malvadas en voz baja. Tu de repente, un silbido rompió el aire como un cuchillo muy puntiagudo desgarraría una tela en toda su longitud. Entonces, con la cabeza saliente fuera de la esquina que formaban dos paredes, el viejo delincuente, el jefe, el padre, preguntó:

—¿Oyes?

Pero la pequeña no respondió.

—Fue Augusto el que silbó.

La pequeña seguía callada.

—¿Es que estás sorda?

Y, de una patada empujó a la chiquilla hacia la acera; trece años, los cabellos recogidos en dos trenzas sobre una camisola de algodón marrón, unas manos largas muy delgadas fuera de las estrechas mangas, falda de lana corta, donde el chapoteo en los arroyos y en el suelo empapado había depositado una costra de lodo que le cubrían los tobillos desnudos. Bajo el temblequeo del gas de una farola, algo muy delgado brillaba, color de oro en el dedo anular de la mano izquierda: una sortija, único lujo en esa sucia miseria, comprada en algún bazar o robado, robado más bien.

—¡Ya está, ya está, papá!— dijo ella — no me pegues.

—¡Fingías que dormías!

—No, no.

—¿Qué es lo que hacías entonces?

—Miraba.

—¿Dónde?

—Allá arriba.

—¿Allá arriba?

—Al cielo. Es muy bonito, muy bonito, tantas estrellas que titilan, que brillan...

Y levantaba su carita pálida de sufridora, casi sin labios, donde los ojillos grises, con bordes rosados sin pestañas, brillaron un instante encantados.

Una bofetada le dobló la cabeza; la niña quedó inclinada, sin quejarse. Una segunda bofetada, y otra rasgaron el aire.

–¡Presta atención! Dijo el viejo maleante; con seguridad fue tu hermano el que avisó. Alguien se acerca.

–Sí,– dijo ella.

–Caminarás delante...

–Ya sé.

–Hasta la segunda calle...

–¿La de la otra noche?

–Dónde no pasa nadie.

–Bueno.

–Te detendrás para que te hable. Iréis a la calle, conversaréis. Le contarás que regresabas a casa de tu madre y que te has perdido...

–Ya sé.

–Después, casi de inmediato, gritarás muy fuerte, muy fuerte, como si te estuviesen matando...

–¡Te digo que ya lo sé!

–Nosotros dos, tu hermano y yo, le caeremos encima, y como sería un turbio asunto para él, porque eres menor de edad, no le quedará más remedio que rascarse el bolsillo.

–Bien – dijo ella.

En efecto, alguien se acercaba, girando el ángulo de la plaza de Anvers. Pero no era – paseante frecuente a esas horas en esos barrios – algún sexagenario obeso, mofletudo, con el labio inferior colgante, buscador de desenfrenos prohibidos. No, era un adolescente en uniforme de colegial, un niño. Sin duda, tras una escapada a alguna cervecería, regresaba a casa de sus padres en Montmartre, o en los Batignolles. A la luz de una farola, que lo iluminó por completo, apareció el blanco rosado de un rostro encantador donde el bozo rubio de un claro bigote sombreaba su boca de un oro ligero. Los labios eran frescos como una pequeña flor de carne roja: los grandes ojos tenían una dulzura azul, infinita. La pequeña, encantada, miraba a ese pequeño. Lo miraba, inclinada y levantando un poco su pálida cara endeble, con el arrobo con el que antes había mirado el cielo; sin duda lo encontraba tan bonito como las estrellas; ella sonreía alegre.

–¡Maldita sea! –gruñó el maleante escondiéndose en la esquina.– ¡Un muchacho! ¡ni un centavo!

Pero a medida que el otro avanzaba, vio una cadena de reloj, una gruesa cadena de oro salir entre dos botones del uniforme, y, muy aprisa, dijo a la chiquilla:

–¡Ve allí ahora mismo!

–¡Oh! – dijo ella.

–¡Vamos! ¡rápido! o te envío allí de una patada en los riñones.

Ella obedeció. Caminó delante del estudiante. Se detuvo en el rincón de la calle donde no pasa nadie, con un gesto como para permitir el acercamiento. A su vez, él se detuvo sorprendido. Se observaron sin pronunciar palabra, durante un rato largo. Ella tenía todo el rostro extasiado. Finalmente ella dijo: « Ven, ven », y ambos entraron en la calle.

Augusto, – el que había silbado, – fue a reunirse con su padre. «Esto marcha, dijo en voz baja el viejo delincuente. Está allí, muy cerca, con la chavala. – ¡Bueno! Dijo el otro. Me fumaré un pitillo; ¿tienes tabaco? – Toma. » Y esperaron, esperaron mucho tiempo. «Es raro que no grite ya. – Para gritar, dijo Augusto, necesita tener un motivo, y los jóvenes no son tan lanzados como los viejos.– ¡Tienes razón!» asintió el padre. Y no hablaron más esperando siempre. Pero cuando sonaron las once menos cuarto en el reloj del colegio Rollin: « ¡Te digo que no es natural! ¡quiero ver lo que ocurre! » Y ambos, pegados al muro, se deslizaron hacia la calle. Pero cuando iban a tomar el ángulo, la

pequeña reapareció; sobre su cara tenía toda la dicha posible; se parecía a una muy ardiente, a una muy ferviente jovencita que acaba de hacer su primera comunión.

–¿Dónde está? –aulló el padre.

–Marchó – dijo ella. – Por la avenida. Ya debe estar lejos. Le he dado tiempo.

–¿Marchó?

–Sí – dijo ella.

–¡Ah! ¡la muy zorra! ¿Por qué no nos has llamado?

–¿Por qué debería haberos llamado? Estábamos muy bien los dos solos. No le molestaba hablarme; y me producía tanto placer escucharle. Es muy bueno. Me decía que me compadecía, que es muy triste ser tan pobre, estar tan mal vestida a mi edad; me decía también que no me encontraba fea, no fea del todo. Al mismo tiempo me estrechaba contra él tan suavemente, tan dulcemente; y a menudo me daba besos. Yo estaba tan contenta que casi me caigo. Él me retuvo, me retuvo entre sus brazos, mucho tiempo, mucho tiempo. Estaba feliz. Pero después le dije que se fuera, porque vosotros le hubieseis hecho daño, y ha partido.

Con los dos brazos levantados, el viejo delincuente iba a golpear a la niña. Pero se detuvo.

–De hecho – dijo – si te ha gustado hacer las cosas con dulzura, está bien, eres libre de hacerlo. Dame el dinero y la cadena del reloj.

–Ella pareció muy sorprendida.

–¿El dinero? ¿La cadena?

–¡Por el amor de Dios! ¿no se lo has pedido?

–¿Por qué habría de pedirle algo más, puesto que yo estaba tan feliz! Al contrario, vosotros sabéis el anillo que hurté el otro día en el bazar de la calle de Ámsterdam, ese anillo se lo he dado. Al principio se negaba a aceptarlo, porque es muy honrado. Pero cuando supo que era falso, lo aceptó y me juró que siempre lo conservaría como un recuerdo mío.

Entonces, cuatro puños, – los del padre y los del hermano – cayeron sobre ella, pesados, encarnizados, despiadados. Pero ella no se quejaba, no lloraba. Y cada vez que, fatigados un poco, ella podía levantar la frente, sonreía deliciosamente mirando las estrellas que titilan y brillan. Se hubiese dicho que ella las agradecía.

EVASIONES

En el tercer piso de la escalera completamente oscura se iluminó por un instante la luz rápidamente apagada de una cerilla, – entonces se reveló, entremezclada con las tinieblas, la forma de un hombre inclinado hacia una puerta, – y en la amplia casa, pesadamente, dormía el silencio de la madrugada.

Dos voces, muy bajas, furtivas, como asustadas de su timbre:

–¡Al fin!

–¡Oh! Cállese...

Pues la puerta se acaba de abrir; el hombre, a tientas, encuentra una mano sin guante que tiembla.

–¡Venga!

–Tengo miedo...

–¡La adoro! Venga.

–Ya... voy...

–Ahí hay un escalón, otro.

–Voy a caer.

–¿Quiere que la ilumine?

–¡No! ¡no!

–Otro escalón...

–¡Oh! ¡Dios mío! ¡oh! ¡Dios mío!

Descienden lentamente en el oscuro silencio, él marcha con la mano derecha en la rampa y con la otra estrechando, para guiarla y reafirmarla, las dos muñecas de la joven mujer.

–Ahora, camine.

–¿Caminar?

–Estamos en el segundo.

–¡Ah! Sí.

–La escalera vuelve a comenzar.

–Bien... Bien...

Ella extiende la pierna y con la punta de su botín tantea en la noche, pero no encuentra la alfombra de la escalera. ¿Hay tanta distancia entre el rellano y el primer escalón? Pues le parece que su pie se hunde, se hunde en el vacío. O bien, ¿se ha equivocado? ¿Ha pasado la pierna entre los barrotes? No, por fin siente bajo la suela la mullida superficie. Descienden. Una humedad helada le rezuma de las manos. Él la oye jadear de espanto.

- ¡Ánimo!
- Sí...sí...
- ¿Nadie la ha oído levantarse?
- No... nadie...
- Camine... estamos en el primero...
- ¡Ah!...
- ¿Qué? ¿Qué le ocurre?
- He resbalado... ¡Dios mío! ¡Dios mío!
- ¿Ni vestirse? ¿ni salir?
- Creo que no... No he hecho ruido... no he encendido la luz...
- ¿Y su marido?
- He atravesado su habitación...
- ¿Su habitación?
- Sí... Desde la mía, para salir, es necesario...
- ¿Y bien?
- El dormía...

Ella mintió diciendo que no hizo más que atravesar la habitación conyugal; la verdad es que estaba acostada en esa habitación, en la cama de esa habitación, y que, mientras el esposo dormía, ella se ha evadido, con las manos en las paredes, en camisa, para ir a ponerse los vestidos preparados en la antesala. Pero al hombre que será su amante dentro de una hora, al hombre al que adora y que amaré por siempre, siempre, no quiere confesarle que trae bajo su vestido una calidez de sábanas donde no estaba sola. Todavía siguen bajando. Media muerta, ¡ella cree que nunca estarán fuera de la casa! Cuando sus manos chocan con el frío pomo de cristal, han girado la última curva de la rampa:

- Al menos, usted...
 - ¿Cómo?
 - Habrá dejado la puerta principal...
 - ¿Abierta? No.
 - ¡Oh! ¿Por qué?
 - A causa del portero. Tal vez se habría levantado si no la oyese cerrarse.
 - Entonces, hay que...
 - Pedir el cordón, sí.
 - ¡Dios mío! ¡Dios mío!
 - ¡Cordón! Si él...
 - ¡No, no! ¡Usted no! El portero no conoce su voz... Quisiera saber quien sale por la noche...
 - Tiene usted razón.
 - Lo haré yo.
- Pero ella desfallece, produciéndose un ruido de seda en la pared.
- ¡Ánimo! ¡Ánimo!
- Se acerca a la vivienda.
- ¡Cordón! ¡por favor!
- No se mueven en la sombra. Él oye que a ella le castañean los dientes. Ella tiene las manos heladas y secas; la humedad se ha congelado.
- ¡Cordón! ¡por favor!
- Su voz es quejumbrosa, con aire de mendigar el servicio. Como la puerta no se ha abierto, dice una tercera vez:
- ¡Cordón! ¡por favor!

Entonces se oye un ruido de cuerda que rasca la piedra o el hierro, y una amplia luminosidad estrecha se abre en una grieta de oscuridad, más allá. Ellos se lanzan hacia la abertura, ¡hacia la evasión! Ella cree que estará salvada del todo cuando esté al otro lado de la puerta. Él empuja el batiente, cuyo ruido sube de piso en piso en el vacío de la casa nocturna. Están en la calle, bajo una fría noche de otoño; cae una lluvia sucia, ya lodo antes de caer sobre el fango graso de las aceras y de los adoquines; la suave claridad de una farola de gas, enfrente, palidece con su vibración en el hierro gris de una escaparate.

Y él dice:

–¡Rápido! ¡rápido!

–¿Pero?... ¿un coche?...

Pues llueve y hace frío en la intempestiva noche.

–Mi cochero la habría reconocido...

Alguien habría podido ver el número de un fiacre desde una ventana, o incluso el portero, curioso –¡Oh! Sí... sí...

–Además, es muy cerca... muy cerca...

Él la arrastra. Pasan a lo largo de las tiendas cerradas, las ventanas cegadas por las contras, las grandes puertas de las cocheras en las que luce un negro barniz húmedo. Sigue lloviendo, cada vez con más intensidad y ella siente el lodo penetrarle en los botines, depositarse en los bajos de la falda algo húmedo y pesado. Y tiene miedo al mismo tiempo de esas casas familiares, en esa calle donde ha pasado tan a menudo a pleno día, regresando del Mercado o del Louvre, contenta, alegre, trayendo las compras de la tarde. Se imagina que las tiendas y las ventanas, aun pareciendo estar herméticamente cerradas, son como unos ojos que bajarían hipócritamente los párpados; que personas la vigilan, la ven, la reconocen; y el frío de la lluvia nocturna la viste por completo de tristes estremecimientos. Él la siente triste y desolada. ¡No quiere que esté así! Le hablará, le habla, estrechándola con más fuerza. ¡Qué buena es! ¡Qué valiente es! Pero él será digno del sacrificio al que ella se ha resignado: puesto que ha abandonado todo por él, eternamente él la envolverá en ternuras piadosas, de apasionados respetos, y esta hora es la primera de un infinito porvenir de felicidad. Ella ha desplegado su velo hasta el mentón a causa de la lluvia. No responde, solamente dice:

«¡Qué lejos está!»

Se detienen, él pulsa violentamente un botón de cobre. Al mismo tiempo se excusa. Preparó para sus bellos amores un nido de lujo y de dicha. Esperando, para recibirla, ha alquilado en una planta baja, un pequeño apartamento. Timbra una segunda vez, se abre la puerta, enseguida entran, ella ha tenido tanto miedo, a él le parece que ella estará salvada del todo cuando este fuera de la calle, en esa casa. Pero no han dado dos pasos cuando el portero se presenta ante ellos con una lámpara en la mano: «¡Ah bien! ¡qué bonito! Traer, a semejantes horas a una arrastrada? Es que usted cree que yo le he alquilado para que...» Bajo el ultraje ella se ha arrojado hacia la pared, él se vuelve hacia el portero, furiosamente. Éste se atemoriza, regresa a su vivienda, gruñendo. Entonces: «¡Oh! ¡perdón! ¡perdón!», y, tras una llave que chirría en una cerradura, el amante empuja a la joven mujer en un pasillo estrello, no iluminado, la empuja todavía. Ella está en una habitación, encuentra un sofá y se deja caer en él, llora apoyando la frente en la espaldera, llora con infinita tristeza. Él oye que ella llora. Contrito, enciende unas velas, prende el fuego, cae de rodillas ante su amiga, y con un gesto de violenta ternura, le levanta el velo. Tiene necesidad de esforzarse para no retroceder, de lo pálida que ella está, del modo en que sus ojos se revela la irremediable nada de las desilusiones; y, mientras ella considera la habitación fría, mal caliente aun por la

crepitante llama, los muebles vulgares, la mesa donde se dispone la ordinaria cena de las noches libertinas, la cama abierta, con dos almohadas, impertinente, amenazante, obligatoria, sus ojos se vuelven más vacíos, más azorados, más siniestros.

Pero, porque él la ama, él triunfará sobre las malas impresiones que la han alarmado, que la han afligido incluso hasta lo más íntimo de sus ser; pero él será tan calurosamente cariñoso que ella no podrá sustraerse a la dicha, y su común melancolía se desvanecerá en delicias en los supremos momentos de éxtasis. Con besos y locas palabras, él le saca el sombrero, el abrigo, le desabrocha el vestido, dispersa la sedas, los encajes, como un buitres desplumaría una golondrina. Ella se deja hacer, alelada, anulada. Por otra parte, ¿por qué habría de resistirse, puesto que había ido allí para ceder? ¿Con qué derecho se resistiría, habiéndose prometido, y ya liberada? Y, también una vertiginosa necesidad de castigo, se abre y la atrae a la falta que va a cometer. Se deja hacer, está casi desnuda, está desnuda, él la lleva, la arroja sobre la cama, la introduce entre las sábanas, entre las sábanas frías y él se une a ella, la abraza, le estrecha, la posee, y durante una hora, durante dos hora, ¡se consuma la deliciosa maravilla del beso y del morder! Tanto que al final, jadeante y cansado, él sucumbe al sopor de los animales saciados.

Entonces ella se levanta.

Lo mira.

El duerme, sí, realmente duerme, como dormía el marido antes.

Lentamente se levanta, recoge sus vestidos, se viste del mismo modo que se había vestido antes.

Se dirige hacia la puerta.

No. El portero.

Pero está la ventana. Ventana en la planta baja. Aparta las cortinas, sin ruido; abre el marco con precaución... ¡él no se ha despertado! Pasa sus piernas sobre el borde. Está en la calle, donde sigue lloviendo en la fría noche de otoño. Va a cerrar las contras y aplica el oído, él todavía duerme. ¡Se echa a correr! Pasa un coche. Llama al cochero, da su dirección, se introduce en el coche. En algunos minutos llega ante su puerta. Paga al cochero, llama, llama todavía, entra, dice su nombre, sube la rampa, comienza a subir la escalera, la terrible escalera que ha descendido con tanta angustia. Sube en la oscuridad, sin vacilar en los rellanos ni en los escalones. Sube, decidida, imperturbable como una sonámbula que conoce su camino. Se detiene en el tercer piso. Allí tiembla. ¡Oh! ¡si su marido se hubiese despertado durante el adulterio ausente! Ella presta atención, ningún ruido. Mete la llave en la cerradura. Ya se encuentra en la antesala. Escucha todavía... nada, el silencio profundo de la madrugada. Se quita sus ropas, las pone sobre la banqueta, empuja un batiente, sigue una pared a tientas, en camisa. Está en el dormitorio conyugal. El marido continúa dormido, con un ronquido regular. Entonces ella se desliza en la cama, y, bruscamente, pesadamente, cae, se hunde en el buen embotamiento del sueño, semejante a un animal que, maltratado durante mucho tiempo, herido y roto, ha ganado finalmente su madriguera, y allí se duerme, segura.

EL MOLINO EN LA CABEZA

– ¿Alas?

– Alas.

–¿En vuestra cabeza?

–Detrás de mi frente

–¿Os reís?

–¡El cielo es testigo!

–Pero sí, sí, os reís. ¿Alas de mariposa?

–No del todo.

–¿De abeja?

–No.

–¿De pájaro?

–De ningún modo.

–¿De ángel?

–Por desgracia,– dijo sollozando– se trata de aspas de molino³, ¡enormes! Y giran, giran, giran, aprisa, aprisa, muy rápido, ¡nunca dejan de girar! Hay que creer que siempre hay una gran ventolera bajo mi cráneo.

–En verdad nunca oí hablar de semejante cosa. ¿Es algún mal de nacimiento?

–En absoluto. Le contaré de donde me viene ese prodigio. Una vez yendo desde Bruselas a Brujas, miraba, con la frente pegada al cristal del vagón, el sol espléndidamente ocultarse entre las nubes, semejante a algún magnífico rey extendido sobre una hoguera de abrasadoras pedrerías, entre el fulgor de sus vestidos de hiacinta y sus flecos de oro. Delante del horizonte abrasado giraban a gran velocidad las cuatro aspas de un molino, alternando su negrura opaca con el vacío aéreo; parecían moverse en el incendio celestial, de tal modo estaban próximas; se movían, arrancaban, arrastraban la radiación del astro; y su deslumbrante movimiento giratorio, gigantescamente parecido a esas piezas de artefacto que se llaman precisamente soles, arrojaba a izquierda, a derecha y adelante, sobre toda la llanura y en mis ojos, unos fragmentos de rayos con franjas de rubíes y amatistas como andrajos de meteoros. ¡Con una fijeza encarnizada, mis ojos admiraban la circular magnificencia del molino! Pero, de repente, tras un estallido cegador, desapareció, como si se hubiese hundido en un abismo con sus cuatro aspas de llamas.

³ En la traducción se utiliza “ala” y “aspa” en forma indistinta ya que en francés ambos términos tienen una única palabra para designarlos: *aille*. (N. del T.)

–¿Sin duda se habría perdido en la lejanía del crepúsculo, a causa de la rapidez del tren, o bien alguna colina o un terraplén lo había ocultado bruscamente?

–¡No se había perdido en lontananza! ¡ni un terraplén ni una colina lo había ocultado! sino que, cediendo a la mirada fija y absorbente de mis ojos, él había entrado en mí por mis abiertas pupilas, y fue cuando a partir de ese momento comenzó a girar vertiginosamente entre mis sienas.

–¿Con los fragmentos de meteoro y los restos de rayos?

–¡No, no había arrastrado al sol! Lo que en ese momento él revolvía, arrancaba, arrastraba, era mi memoria, mis deseos, mis esperanzas, mis sueños, todos mis pensamientos, y, nada, ni siquiera la absurda imposibilidad de un ciclón prisionero en una tienda de multicolores vidrios o de frágiles joyas, podría dar una idea del desorden que produjo en un cerebro humano la despiadada rotación de las cuatro enormes aspas del molino. El pasado, el futuro, las cosas, las palabras, la realidades, las quimeras, espantosamente alteradas, chocaban entre sí, se mezclaban, se rompían, se desperdigaban, y tropezando, mezclándose, rompiéndose y desperdigándose aún en un luminoso y sonoro cataclismo. ¡Qué espanto! ¡qué barullo! Mis días de infancia se mezclaban con mi futuros días de vejez. Mis amores circulaban confusamente con mis odios, mi fe con mis dudas, mis orgullos con mis vergüenzas. ¡Toda mi inteligencia entrechocaba en un formidable maëlstron! Y creo ciertamente que me habría vuelto loco, si ese caótico vórtice no se hubiese mitigado poco a poco.

–¿Se apaciguó?

–Sin perder nada de su velocidad, se hizo menos incoherente. El desorden se precisó en una rotación continua, mediante un natural efecto de corriente que creaban las cuatro aspas giratorias. Confusamente al principio, luego regularmente, mis ideas giraron con las aspas, y puede esperar a habituarme pronto a esta revolución sin sacudidas de mi universo moral, que incluso acabaría por no percibirlo, como una mosca girando con el mapamundi donde se posa no experimenta el movimiento, como el hombre no siente la inestabilidad del globo terrestre. ¡Vana, vana esperanza! Estaba destinado a la peor de las desgracias.

–¿El horroroso galimatías del principio comenzó por alguna extraña circunstancia?

–No, el movimiento giratorio se mantuvo regular en su continua precipitación, – inexorablemente regular, por desgracia, y de ahí mi perfecto desastre. Pero sepa usted todo el asunto, conozca mi eterna desesperación. Desde la entrada del molino por mis párpados abiertos, mi facultad de pensar, de esperar, de amar, mi alma en definitiva, perdida como un marinero bajo al fragor de la tormenta, se había aferrado por instinto a una de las aspas, como en un naufragio uno se agarra al mástil del navío que tal vez se va a sumergir; ¡y se le agarra bien! ¡y no se le afloja! Mi alma, mi yo, se aferraban con fuerza, mientras mis sentimientos e ideas se desarrollaban en un torbellino espantoso. Veía su furiosa mezcla; no podía, en la universal avalancha semejante a los brincos de las ráfagas de viento y de olas, tomarlos al paso, pero, pronto la tempestad se calmaría tal vez, el salvamento sería posible... ¡Oh!, salvaría mi persistente esperanza de una Obra digna de vivir... Se calmó en efecto, ya os lo he dicho, el extraordinario caos. El movimiento circular se hizo preciso, sin choques, semejante a si mismo. Pero yo estaba solo en el lugar donde me había aferrado. Sí, por un siniestro azar o por algún odioso destino, ¡estaba solo! ¡completamente solo! Ante mí, sobre el aspa que la mía perseguía, detrás de mí, sobre el aspa que seguía a la mía, estaban mis pensamientos, mis proyectos, mis ternuras, mis dichas, todas las queridas realizaciones posibles. Pero entre ellas y yo se extendía siempre, en la persistente rotación, la misma distancia. Yo intentaba inclinarme hacia delante, o inclinarme hacia atrás, pero no podía agarrar ni lo que me precedía ni a lo que yo precedía. Nunca había estado tan separado de lo que era

mi vida. ¡Y todavía estoy separado! ¡y lo seguiré estando siempre! No podré unirme a mi vida, ella no se unirá a mí nunca. De nada sirve llamar, de nada sirve llorar en la rabia de la desesperación. Las cuatro aspas del molino giran, giran, giran, rápido, rápido, muy aprisa, ¡girarán eternamente! Y, solo, sin alcanzar, sin ser alcanzado, alejado de las dos partes, igualmente e inexorablemente, yo giraré sin cesar, sin cesar hasta que finalmente me suelte y me deje caer destrozando las paredes de mi cráneo.

LAS PEQUEÑAS CENIZAS

En la habitación burguesa de cortinas marrones, con armario alto de caoba, flacas y pálidas a causa de muchas viglias, con sus vestidos nuevos de luto ya, la madre y la tía, con el puño en la mejilla y el codo en la repisa de la chimenea no apagada, a pesar de la primavera, a causa de la enferma, y el joven padre, de espaldas a la puerta, la cabeza como precipitada, con ojos donde la desesperación se confundía con la cólera, observaban en el silencio y a la hora que daba un reloj de péndulo, a la pequeña agonizante respirar apenas, – ni tenía fuerzas tal vez para el estertor, – en su estrecha cama de cobre cerca de la que estaba sentada una religiosa, anciana de piel arrugada y amarillenta al fondo de la toca, desgranando su rosario.

Era una chiquilla de seis años que iba a morir. A los tres años todavía no sabía hablar, no había sabido antes porque era enfermiza, de lento crecimiento; pronto no hablaría más porque estaría muerta; y hay palabras que jamás sabría. El médico había dicho que se había acabado, que no había esperanzas, pero que sufriría poco para apagarse; su pobre y corta vida, discurriendo entre la enfermedad, no había tenido suficiente poder para los asaltos dolorosos contra la muerte. Y era cierto, no sufría en su pequeña cama de cobre, con los ojos fijos en los dibujos del empapelado de la pared. Si no hubiese sido por la molestia de una respiración insuficiente, se habría encontrado completamente bien, y, como se le había dicho que no se moviese, con el brazo inmóvil a lo largo del cuerpo, sobre la manta, tenía la satisfacción de ser prudente. A decir verdad – porque había oído unas palabras entre susurros – sabía que iba a morir, pero no sabía lo que significaba estar muerta. Recordaba que una mañana habían retirado de la jaula al gorrión, con las plumas erizadas y las patas estiradas, y se le había dicho que el pájaro estaba muerto, pero ella no comprendió porque eso le impedía cantar. Luego, se había hablado del abuelo, en provincias, difunto a los ochenta años. Luego, ya mayor, con las manos en los barrotes de la ventana había visto pasar cortejos fúnebres con muchas flores sobre coches negros y era bonito, tantas flores; y la idea de la muerte se abrió como un ramo en su pequeña alma. Lo único que la inquietaba era que cuando se ha acabado de vivir se nos entierra. Ella sabía eso, estaba segura, se nos entierra, se nos mete en la tierra que es negra, que no es limpia, sobre la que llueve y que está húmeda con bichos. Jamás había visto enterrar a nadie, pero se acordaba de esto: una vez, sobre la carretera, ante la propiedad que ellos tenían en Villeneuve-Saint-Georges, ella había tenido que saltar, con la mano en la manga de su padre, por encima de unas profundas rodadas que habían dejado las ruedas de las carretas en la tierra empapada; y, con la punta de su botín, saltando, había hecho desprender el borde de una de las rodadas, y su

padre le dijo: «¡Presta atención, torpe! Había una mimosa en el lodo, y la has enterrado.» Entonces, ser enterrado, era eso, era tener sobre uno algo pesado y sucio, que os impide ver y escuchar, que os envuelve y os aplasta. Ese era lo único que le producía miedo de la muerte. ¡Pero se acordaba que se le habían prometido Ángeles! ¿Cómo serían? ¿Serían niñitas, o pequeños muchachos? ¿El Paraíso era un jardín como el parque Monceau? ¿Se jugaba allí al volante? ¿Se saltaba a la cuerda? ¿Se podían comprar barquillos con los centavos que la criada estaba autorizada a dar? ¿Es que se podía pasear entre los arriates con su gran muñeca en los brazos, y mecerla, con un aire de pequeña mamá, como ha sido mecida ella misma cuando era muy pequeña? Pensó en su muñeca. Adoraba su muñeca porque era tan bonita, tan bien vestida, más bella que las demás muñecas. Era su hermanita, era su pequeña sosias. Cuando se encontraba bien, jugaba toda la jornada con ella, le echaba sonrisitas que la hacían su favorita con sus finos labios pintados. Ya hacía mucho tiempo, mucho que no le dejaban ya su muñeca. Le habían quitado la bonita personita de seda y de cabellos en bucle, para que no se agravase su fiebre acunándola, acariciándola, sonriéndole. Pero los ángeles se la devolverían cuando ella estuviese muerta en el parque Monceau del Paraíso.

Sin embargo la religiosa se había levantado.

–Creo – dijo – que la Señorita va a morir.

La tía rompió a llorar en el ángulo de la chimenea; el padre y la madre se arrojaron hacia el pequeño lecho de cobre.

Pero la monja dijo:

–Más vale que se vayan. Yo los llamaré cuando sea el momento.

–De acuerdo, vamos, dijo el padre a su mujer y a su hermana.

Añadió con el cuello hinchado:

–Quisiéramos algo. Nuestra pobre pequeña tiene una muñeca a la que quiere mucho; se la hemos quitado y guardado en ese armario que está allí para que no se fatigase jugando con ella; pues bien, cuando sea el fin, devuélvasela... póngasela a su lado, en la cama, y, a continuación, para que ella se divierta (sollozaba), se la enterrará con ella.

La religiosa, tras una duda, respondió:

–Cómo usted quiera, señor.

La niña moribunda miraba la pared, viendo allí no sé qué. La religiosa dijo:

–Sí, como usted quiera. Pero déjenme a solas con ella... Realmente es lo mejor. Ella los oíría llorar. Yo la meceré con mis oraciones. Nosotras somos las mamás de la Muerte.

Ellos salieron, tambaleándose. La vieja religiosa se había vuelto a sentar, con los ojos cerrados y con su rosario desgranándose entre sus dedos.

Daríase la impresión de que la pequeña no escuchaba; pero ella había escuchado. ¿Entonces, era eso lo que querían hacer? ¿Se metería con ella en la tierra a la muñeca que estaba en el armario? ¿Por qué? puesto que la muñeca no estaba enferma, no iba a morir. No era justo lo que pretendían hacer. A una pequeña niña que muere se la mete en un agujero, puesto que es la costumbre; pero una muñeca, con todos sus perifollos vivos, ¿por qué enterrarla? La pequeña agonizante tenía, en las dulces angustias del tránsito, pánico por su muñeca enterrada, enterrada viva. Que la enterrasen a ella, muerta, era sencillo. Pero no había razones para meter a la muñeca en la sucia tierra, para que fuese envuelta, rota, aplastada, como la mimosa en la rodada.

Entre dos jadeos, la niña, con la cabeza girada, tal vez por última vez, miró a la religiosa con los ojos cerrados que dormía o fingía dormir. Con una fuerza imprevista se levantó, apartó las mantas, caminó con los brazos adelantados en el aire hacia el armario de caoba, enfundada en su largo camisón blanco, con sus frágiles pies descalzos. Y, abriendo el batiente con dos manos que apenas tenían fuerzas, tomó en el armario la

muñeca, se volvió a medias hacia la religiosa que parecía dormir, luego arrojó al brasero de la chimenea la pequeña figurita de encajes y de seda que tenía un sombrero rosa con el azul de dos miosotas. La llama alimentada envolvió el juguete, provocando un estallido de alegría, de vida, de cenizas. Hecho esto, la niña volvió a la pequeña cama de cobre y se tumbó con los brazos a lo largo del cuerpo como se le había recomendado, y murió, – la monja que no había dormido acabando su oración, – dulcemente.

LA MONEDA DE ORO BIEN EMPLEADA

I

Érase una vez una moneda de oro de 10 francos que era mágica. Y rodaba, rodaba bajo las aceras a través de toda la ciudad. Vosotros pensáis: «¿Por qué no la cogían? no faltan personas dispuestas a agacharse de inmediato para tomar lo que brilla.» Es que, debido a su poder mágico, se había vuelto invisible; y nadie sabía que la moneda de oro de 10 francos rodaba bajo las aceras de la ciudad. En cuanto a la razón que la obligaba a circular de ese modo, no seré yo quién os lo oculte. Por alguna mala acción, no demasiado grave, – creo que fue la bonita falta de haberse deslizado en una cerradura, impidiendo a la llave abrirse en manos de un marido que venía, muy feroz, a interrumpir las delicias de un agradable adulterio, – un hada muy ilustre antes y vestida de pedrerías, había merecido transformarse en una pequeña moneda; y, – tal era el decreto de Merlín que como se sabe tiene su morada bajo el tercer roble a la izquierda, después de la casa del guarda en el bosque de Meudon, – no recobraría su forma original y todo su poder hasta que hubiese hecho consigo misma, ¡moneda de oro!, la mejor de las caridades posibles. Hacer la caridad no le disgustaba, bien al contrario, pues al no ser de esas malvadas hadas que se divierten atormentando, nada le resultaba más placentero que socorrer a los pobres. Pero se sentía muy inquieta en lo que concernía a la elección que se le había impuesto. Se le habían prometido los peores castigos si se ofrecía en limosna a quien no fuese digno de ella; y, perpleja, rodaba, rodaba más aprisa, con ese ruidito de las ruedas de la cáscara de nuez que es la carroza de la reina Mab.

II

–¡Una caridad! mis buenos señores, mis buenas damas, ¡una caridad por favor!
¡Tened piedad de un pobre ciego que ni siquiera tiene con que comprarse un clarinete!

Ella se detuvo. ¿Y si se entregaba a ese desdichado hombre? Pero entre los párpados cerrados del mendigo, se deslizó una mirada tan sutil que ella se sintió casi vista, por invisible que fuese. Comenzó a girar sobre sí misma. A la puerta de una panadería, había un tumultuoso algarabía; unos sargentos municipales detenían a una pobre anciana que lloraba y se debatía con unos pequeños colgados de sus faldas; según las palabras que pudo escuchar en el tumulto, se conducía a esa miserable a prisión porque había robado un pan en la panadería; el dueño, cubierto de harina, había hecho venir a la policía. El hada a punto estuvo de entregarse a la vieja; pero pensó que con el dinero

que ella valía se le pagaría el pan al panadero; y no quiso beneficiar a un hombre tan malvado. Además a esa pobre, ¿de qué le serviría no ir a prisión, subsistiendo algunos días más? y los pequeños si no morían de hambre, ¿no serían desgraciados como su madre o crueles como el panadero? Es caridad, por ellos y por los demás, dejar morir a aquellos que no vivirían ni felices ni fuesen buenos. Y el hada se alejó entre los zapatos y los botines. No lejos de allí, delante del escaparate de una tienda de confecciones, una pequeña recadera de quince años, delgaducha, encantadora, con la nariz rosada y unas greñas pelirrojas, admiraba con ojos devoradores una corbata de seda bordada de encajes. ¡Ah! ¡cómo le hubiese gustado ponerse al cuello esa corbata que costaba tan cara! Y, con la llama del deseo, tenía en los ojos esa tristeza húmeda del lamento. El hada se sintió conmovida. Con los 10 francos que ella era, la recadera podría comprar la corbata. Pero pensó que ese cuello frágil y pálido era más exquisito desnudo de lo que podría estar velado con sedas; y además, pronto tendría, y más que quisiese, corbatas de encajes, ¡y collares y más collares! Se marchó de allí rodando. No se fijó incluso en un trotacalles que, con rostro hambrienta, miraba a través de los cristales de un restaurante famoso un faisán con todas sus plumas y trufas desbordantes del esqueleto del pájaro, que había sido la cena de dos banqueros judíos de hermosos vientres. Sobre el bulevar, estuvo a punto de entregarse, un instante enternecida, a una de esas errantes que hablan en voz baja a los transeúntes, agarrándolos por el codo y que quieren llevarlos hacia las sombras de las calles vecinas, donde las esquinas de las puertas de los garajes se parecen a trocitos de alcoba; pues ellas son el lamentable desastre y la desesperación, cuando se ignora la belleza y el amor, de todo el ideal humano. Sin embargo la moneda de oro continuó rodando. Apoyado en el parapeto de un puente, un anciano tenía la mirada fija en el agua oscura que discurría; y, porque era hada, escuchó hablar el alma que se lamentaba de este modo: «¡Yo traía a los hombres el esplendor realizado de los sueños! Inventor, les ofrecía el creciente bienestar, la vida prolongada, la perdurable dicha; poeta, abría en su espíritu el infinito mundo de exquisitas y sublimes quimeras! Y ellos no han querido escucharme y me han expulsado! Y, esta noche el botones del hotel me ha negado la llave de mi habitación porque no pagaba desde hacía tres meses! Es hora de morir. Me arrojaré a este río, ahí, en este bello lugar luminoso, donde los fulgores cruzados de dos farolas horadan como una abertura esplendida de cielo.» La pequeña moneda de oro rodó hasta los pies del desesperado; iba a hacerse visible, a dejarse recoger... No, siguió su camino mientras el hombre se precipitaba al río. Le parecía que había, ella no sabía donde, miserias más dignas de la caridad que debía hacer. Vio, en las más negras tinieblas, a unos delincuentes a quienes una limosna hubiese ahorrado tal vez el crimen y el cadalso; no se entregó. Vio, delante de las tabernas, mujeres que esperan con la frente pegada al cristal, al marido o al amante que acabe de beberse la paga de la semana; ella pasó. Vio al vagabundo nocturno insinuarse bajo los puentes, descender a las pozos de las canteras; pasó, pasó. Llegó ante una gran puerta abierta, iluminada por un semicírculo de farolillos blancas. De allí salían gritos, risas y músicas para bailar. La puerta de algún baile. No era que allí encontrase la miseria digna de ser socorrida. Allí no había más que alegría. Iba a seguir rodando... Advirtió, sentado en un banco a un joven que lloraba con la cabeza entre sus manos. Y escuchó el dolor de ese joven: «¡Ella está ahí! ¡ríe, baila con todos los demás! Pronto la veré salir. No estará sola. Se Irán. Yo tendré los cobardes celos de seguirlos. ¡Los veré entrar a ambos en la casa de él! Y me habría amado esta noche si yo tuviese con que entrar en el baile con ella, con que invitarla a beber, ¡como hacen los ricos!» El hada no dudó. Haciéndose visible, se arrojó hacia el joven sumido en llantos. Él la recogió con un grito de alegría, se lanzó hacia el tugurio, cambió la moneda y tomó un billete, entró en el baile, alegre, feliz, soberbio, encontró a su amiga, la tomó en sus

brazos, bailó con ella, apasionadamente, le ofreció ensaladeras de vino, la embriagó, la encantó y se la llevó; y, en la pequeña habitación del hotel, —«a 2 francos el reservado por la noche»— el hada, reducida, de cambio en cambio, a no ser más que una moneda de dos centavos en un rincón de la repisa de la chimenea, escuchó hasta el amanecer los estertores adorables de los amantes extasiados.

III

Se acercó al roble no sin inquietud — el tercero a la izquierda después de la casa del guarda — donde reina todopoderoso Merlín en el bosque de Meudon. Oculta entre las altas hierbas, esperaba que él apareciese; y el corazón le latía con fuerza. ¿Sería recompensada o castigada? ¿Habría hecho una buena elección? ¿Había desdeñado tantas lamentables o nobles miserias! Pensaba que tal vez el juez iba a presentarse ante ella en terrible aparato, y seguido de torturadores por los que son castigadas las hadas culpables. ¡Oh! ¿qué ocurriría? Tal vez se la condenaría a permanecer durante cien años completamente desnuda entre bancos de hielo polares; tal vez la encerrarían durante más de dos siglos en algún árbol hueco, lleno de ratas y de hormigas trepadoras; o bien, se la precipitaría a las profundas sombras sin estrellas ni mañanas?... Todo el bosque se iluminó con una deliciosa luz, como si hubiese sido atravesado por todas partes con mil luciérnagas color de perla; y entre su corte de duendes vestidos de seda, y de damas con brocados y de gnomos cargados de pedrerías arrancadas a las oscuras minas, el hechicero Merlín, rey de los seres misteriosos, se sentó en su trono de oro incrustado de rubíes y de crisolitos; y su cara resplandeció de contento y de elogio. Otro trono estaba a su lado. «¡Ven! ¡ven!, dijo él, ¡oh, admirable hada! Toma asiento a mi lado: no solamente recobrarás tu forma y tu poder original, sino que las glorias que te fueron hasta este día desconocidas te serán ofrecidas; puesto que, monedita de oro, has hecho un tan juicioso y tan buen empleo de ti misma.» Ella se acercó y se sentó al lado del maestro, mientras a su alrededor, levantando y bajando los brazos, los duendes, las damas y los gnomos la felicitaban con genuflexiones y alabanzas prosternadas. «¡Habla!, dijo Merlín. ¿Quieres ser vestida de aurora y estrellas? ¿Quieres que las tormentas del mar obedezcan al soplido de tu boquita? ¿Quieres el poder de hacer abrir las rosas entre las nieves invernales? ¿Quieres vivir en palacios de sol donde tendrás por ayudantes todas las reinas y todas las diosas, felices de ser tus sirvientas? Pues no hay nada que no hayas merecido.» El hada, exigente, respondió: «Acepto gustosa las glorias que me ofreces. Pero puesto que me juzgas digna de todas las recompensas, hay una que me atrevería a solicitar, debiendo renunciar por ella a todas las demás. —¿Y cuál es?, preguntó Merlín. — Una hora, una hora solamente, dijo el hada, quiero ser como fue, en la pequeña habitación del hotel, aquella que suspiraba en los brazos de su amigo cuando yo no era más que una moneda de dos centavos en la repisa de la chimenea.»

LOS NIÑOS TERRIBLES

PAUL

I

Junto con los Planchemin, – una viuda, su padre, muy viejo, y tres hijas ya señoritas hechas y derechas, Berta, Susana y Constanza, – los padres de Paul, personas retiradas del comercio y acomodados, el Sr. y la Sra. Barinel, habían alquilado una casa de campo para pasar el verano en Saint-Cloud. Las dos familias Vivian amistosamente en la casa compartida y en el jardín común. Como ocurre raramente, ellos tenían más o menos los mismos gustos en materia de cocina y de flores, prefiriendo las salsas de aceite a las de mantequilla y las dalias a los claveles. En los días muy calurosos, celebraban agradables comidas bajo el emparrado de las viñas y los aristoloquias; y acercándose el crepúsculo se entretenían en los tiernos silencios escuchando al único ruiseñor que cantaba en el bosquecillo de acacias.

Paul, un muchacho de doce años, gordo, fuerte, bajo, moreno, con las cejas juntas y un pelo alborotado cayéndole en flequillo, miraba a veces con ganas de querer morder a Constanza, la mayor de las pequeñas Planchemin, de diecinueve años, no guapa, con la nariz ganchuda y los labios hinchados como dos babosas rojas, pero blanca, de un blanco color crema, y muy gorda delante y detrás, que, sentada enfrente al Sr. Barinel, se volvía por instantes toda roja, parecida a un helado de vainilla aderezado con sirope de frambuesa. ¿Por qué se sonrojaba de ese modo, con un ensanchamiento de caderas que indicaba que, bajo su servilleta, apartaba las piernas como una perra acariciada? Paul, por debajo de la mesa, la miraba ferozmente. Incluso, no pudiendo contener su rabia, se levantó para irse y salir del jardín, diciendo que no tenía ni hambre ni sed, que no acabaría de cenar, que prefería pasear por el camino.

Sobre el camino y frente a la casa había una barraca de fotógrafo hecha con planchas de madera pintadas de cinabrio decoradas con cien pequeños retratos en marcos de falsa concha; los burgueses domingueros que bajaban de la estación hacia el parque se detenían allí para hacerse una fotografía por un franco; el fotógrafo, Hans Schwab, un alsaciano, no mayor de veinte años, rosado con cabellos rubios, se ganaba de ese modo la vida. Paul y Hans habían entablado una buena relación; Paul a causa de la diversión que le suponía curiosear entre los utensilios de fotografía y Hans porque se

había encaprichado de la gruesa Constanza, vista en la ventana de la casa de enfrente, y algún que otro día enviaría al niño con un recado o una carta.

Pero en la mesa común nadie daba importancia a los malos humores de Paul, y, cuando regresaba ya calmado, las pequeñas Planchemin estaban jugando a las damas sobre el mantel todavía sin recoger, con tazas de café y botellas de licor; el viejo Planchemin fumaba su pipa contando a la Sra. Barinel la fuga a América de un antiguo socio suyo; la viuda se adormecía en el balancín de mimbre lentamente mecido. Paz, cordialidad y serena dulzura de almas en la suavidad del atardecer; y un único ruiseñor cantaba agradablemente en las ramas de las acacias floridas de luna.

II

El Sr. Barinel era el amante de Constanza Planchemin.

Cuarenta y cinco años, obeso, con manos pesadas como unos colgajos carnosos, una vez cenando, después de tres vasos de vino espumoso, había hundido bajo la mesa la punta de su grueso zapato entre las caderas de la gruesa señorita; ella había resoplado, con el pecho subiendo y las mejillas sudando en rosa. Antes, jamás le había dicho una palabra cariñosa, ni siquiera la había mirado con aire de desearla. Fue de repente, la brutalidad de un macho aceptada por una hembra sorprendida e inexperta. Y en ningún momento hablaron de amor. Si se encontraban en algún corredor oscuro se estrechaban sin juntar sus labios, con las manos palpando torpemente la piel bajo las telas levantadas o desabotonadas, pegándose el uno al otro, jadeando y dejándose sin una palabra de despedida, sin una mirada atrás. No se citaban. Pero casi todos los días, a las horas en las que el calor hace que se abran las flores y todas las cosas, ella iba, sabiéndose acechada y luego seguida, al bosque de acacias, a una estrecha y alta cabaña de madera donde el jardinero guardaba sus herramientas. Él se unía a ella, habiéndose asegurado de que nadie los había visto deslizarse entre los árboles, cerrando la puerta tras él. La cabaña era tan poco espaciosa que debían, el uno contra el otro, mantenerse de pie. Las maderas gemían al ser empujadas; y de la choza oscilante con sacudidas, salían unos chasquidos de pieles bajo palmadas y unos resoplidos. Una vez Constanza, hablando por fin, masculló: «¡Ah! ¡Dios mío! ¡ah! ¡dios mío!» Había creído oír un ruido, como de alguien que se acerca. El Sr. Barinel, levantando con una mano su pantalón caído, entreabrió muy lentamente la puerta y pasó el cuello por el bostezo, inquieto... No vio a nadie. Oyó un intenso crujir de hojas y creyó que era el viento que se escapaba entre las ramas.

III

Seguro de que su padre era el amante de la señorita Planchemin, – pues las palabras de los chicos mayores en el Instituto, y los sucios pensamientos después de los malos libros, le habían dado una experiencia teórica que no le hacía ignorar ya nada de los misterios sexuales, – Paul se vio devorado por una espantosa rabia. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Qué es lo que podía hacerle a él que el Sr. Barinel besase a Constanza en los corredores y que le tocase el cuerpo en la cabaña del bosquecillo? Él no tenía casto horror a los acoplamientos; al contrario, su bestialidad pueril los esperaba, los deseaba, y los suplía. Travieso mediocre y duro, no experimentaba por su padre más que una de esas ardientes ternuras que son, en algunos seres apasionadamente filiales, como una necesidad de reintegramiento en el ser creador, y que, contra todo lo que los aparta, los separa e incluso los frustra de una muy pequeña parte de aquél que los engendró, sentía unos celos enconados y fanáticos. En cuanto al engaño perpetrado a su madre, buena

mujer cuyas caricias le resultaban un fastidio y los arrumacos una ocasión de encogerse de hombres impúdicamente, ni siquiera pensaba en eso. ¿Era tal vea que él también deseaba a Constanza; que, muchas noches había creído en sueños estrecharla desnuda y blanca, entre sus brazos cerrados? En absoluto. Ella le disgustaba, demasiado blanca, demasiado gorda, demasiado mullida; desde hacía tres meses estaba prendado de la criada, delgada, enjuta, bizca, contra la que él se frotaba en el corredor de la cocina cuando, con las manos ocupadas en los platos, no podía depositarlos y no conseguía intimidarlo amenazándole con llamar a la Señora. Entonces, ¿de dónde procedía su cólera y su odio contra Constanza, contra todo el mundo? No lo sabía, no trataba de saberlo. Pero estaba rabioso, furioso. No dormía ya, mordiéndose su almohada con el pensamiento de que ayer, el Sr. Barinel había besado a Constanza, y mañana la volvería a besar. Caminaba muy rápido por la avenida, a lo largo del muro, propinando patadas al yeso, luego se detenía apretando los puños como si rompiera algo. Y, cada día, después de cada acecho, su resentimiento se exasperaba. Cayó enfermo. Una ictericia. A causa de la bilis agitada.

IV

Una tarde, al otro lado del camino, en la caseta de Hans Schwab el fotógrafo, observó, entre unas pequeñas botellas, verdes, negras y azules, un frasco transparente donde en el fondo había como un pequeño guijarro cuadrado, muy blanco, un minúsculo bloque que parecía una tiza; y sobre la etiqueta del frasco estaba escrita esta palabra: «Gift» debajo de una pequeña calavera y dos tibias cruzadas.

–Eso, –dijo el alsaciano, es para lavarse las manos.

–¿Eh?

–Sí.

–Las drogas que utilizamos en nuestro trabajo dejan sucios los dedos. Hay que lavarse en agua caliente, enjabonarse con jabón de Marsella, y aun así las manchas no se van. Pero frotadas con esa piedra, tenemos las manos limpias. Lo único es que es peligroso. «Gift» en francés es veneno. Si nos hiciésemos un rasguño en el dedo y ese pequeño fragmento blanco se introdujese en él, habríamos palmado en menos tiempo del que hay para contarlo.

–¿De verdad?

–Como te lo digo.

El niño reflexionaba.

–Entonces, – exclamó – ¿te sigue gustando la vecina?

–¿La señorita Constanza? ¡Oh! ¡no te puedes imaginar el efecto que me produce cuando la veo abriendo la ventana por la mañana con sus brazos desnudos!

– ¿Te gustaría que le hablase por ti, que le entregase una carta?

–¡Señor Paul!

–Vamos, vamos, escríbele. Pero sobre todo, nada de dulzuras ni de sentimientos. Sencillamente pídele una cita en tu casa y júrale que te matarás o que la matarás si ella no viene. Eso es, añade, un poco de rudeza, cómo hay que comportarse con las mujeres.

Hans Schwab, ya ilusionado, escribía con la espalda vuelta, mientras que, con el frasco abierto, Paul recibía en la palma de su mano el pequeño trozo de veneno blanco. Y le llevó la carta diciendo: «Todo irá bien, verás como todo irá bien.»

V

Constanza, tras un vistazo hacia la casa donde todo el mundo echaba la siesta, excepto el Sr. Barinel, se dirigía hacia la alta cabaña estrecha en el bosque de acacias. Pero se encontró de frente con Paul que prorrumpió en carcajadas.

–¡Cucú!– dijo – Si quieres podemos ir a jugar al escondite, o a correr. Pero antes toma esto.

Y le metió un papel en el bolsillo.

–¿Qué? ¿Qué es eso?

–¡Nada! ¡Es para reírse!

Luego, como ella era muy joven y él muy pequeño, – dos niños en realidad, – se pusieron a jugar, con huidas, con retornos, y cuando ella lo atrapaba lo estrechaba demasiado fuerte con los ojos húmedos; corrían, gritaban, se fatigaban; en un momento, – ella iba a alcanzarle, – él cogió cerca del muro una mata espinosa de acacia con la que, para divertirse, le rozó todo el rostro. Ella se enfadó. «Eso no era un juego! ¡él le había hecho daño! ¡se quejaría al Sr. Barinel!» En efecto, a causa de las picaduras, ella sangraba por las mejillas y sobre todo por los labios. Pero él le dijo:

–Eso no será nada! ¡vas a ver! eso no será nada. Yo te voy a curar. En mi bolsillo tengo con qué curarte enseguida. Déjame a mí. En un instante estarás curada.

Había extraído de su bolsillo algo que se parecía a una piedrecilla blanca, o a un pequeño trozo de tiza; y con esa pequeña cosa dura frotaba y frotaba los arañazos rojos que ella tenía en la boca.

–¡Acaba ya! ¡me haces daño! Me lavaré con agua fresca. Te digo que te...

No acabó. Abrió desorbitadamente los ojos y se desplomó sobre la arena del sendero, como algo muy pesado que cae.

VI

Pasado algún tiempo de eso, – había ya cuatro o cinco días que habían enterrado a Constanza Planchemin, – Paul, en el umbral de la puerta, vio venir a lo lejos por la carretera, a tres hombres que tenían aspecto de buscar algo o a alguien. Se detuvieron, habiendo observado la barraca de tablonos pintada de cinabrio.

–Amiguito, – preguntó a Paul uno de los tres hombres – ¿es este el domicilio del Sr. Hans Schwab?

–¿El fotógrafo? Sí, señor, es ahí y precisamente está en casa. Si usted quiere hacerse un retrato...

Los policías entraron en la cabaña roja. «¡Quedáis arrestado en nombre de la ley!» El proceso de Hans Schwab, tres meses más tarde, dio mucho que hablar. Y ni un instante el acusado pudo tener la esperanza de salvar su cabeza. La carta que había escrito a Constanza Planchemin y que se la había encontrado en su bolsillo, carta donde él la amenazaba de muerte si ella no acudía a la cita, y sobre todo el trozo de veneno blanco descubierto en su casa en un frasco, con manchas rojas de sangre en uno de sus lados (sin duda había aprovechado el desgarró de un beso demasiado violento para envenenar a la joven señorita), no dejaban entrever la más mínima duda sobre la culpabilidad de Hans Schwab; condenado a pesar de sus negativas y juramentos de inocencia, fue ejecutado el 20 de septiembre de 1893 en la plaza de la Roquette.

VOCACIÓN

I

El pequeño Lucien es exageradamente proclive a hacerse notar; a los diez años tiene ya un ansia desmedida de gloria; si sus destinos no se interrumpen será un gran capitán, un emperador o un gimnasta negro en maillot grana y oro en un circo de feria.

Parece preocupado desde hace algunos días; sus compañeros del parque, con los que raramente se digna a jugar a la gallinita ciega, están acostumbrados a sus aires de superioridad, pero se sorprenden de su silencio; pues antes peroraba como nadie, como desde una tarima o desde un púlpito.

Uno de ellos le preguntó:—«¿Por qué estás preocupado?»

—Es porque la semana pasada, paseándonos mi criada y yo, entramos, al pasar el puente, en una casa blanca donde había personas desnudas acostadas en lechos de mármol. ¡Había un hombre tumbado a lo largo, hinchado, azul y brillante como el agua que destella. Para verlo mejor, la gente se acercaba, se apretujaba, se empujaba. Los caballeros quitaban su sombrero, las damas se santiguaban. Todos se callaban por su presencia. Tenían miedo pero no podían dejar de mirarlo. Era soberbio.

—¿Vienes a jugar a la rayuela?

—No,— dijo Lucien.

Y, pensativo, se paseó gloriosamente en el paseo circular donde sus compañeros jugaban a la rayuela y a la gallinita ciega.

II

Hacia finales de una tarde, dos guardias municipales, de servicio en la esquina de un bulevar nuevo, observaron a un pequeño niño bien vestido, un niño burgués, tumbado cuan largo era sobre un banco. Era peculiar que estuviese dormido allí a aquella hora. Se acercaron y uno de los agentes dijo:

—¡Eh! ¡chaval!

El niño permaneció inmóvil. El otro agente dijo:

—¡Eh! ¡amigo!

El niño no se movió. Lo tocaron, lo sacudieron: tras una oscilación, el cuerpo regresó a su inmovilidad. Uno de sus brazos, levantado cayó inerte. Bajo los párpados la mirada está fija, vacía, nula. Se asustaron. ¿Quizás esté muerto? Lo registrarán; encontrarán algún papel, un indicio cualquiera; llevarán al pequeño al domicilio de sus

padres. No; en los bolsillos tenía unas canicas de agata y una moneda de diez centavos, nada más. Entonces lo levantaron, uno por el cuello, el otro por los pies; en la comisaría harían venir a un médico. Estaba tieso; les parecía que tenía los tobillos muy fríos, helados; en un instinto de calentarlo, uno de los agentes lo tomó, lo estrechó contra él; la cabeza cayó hacia atrás. Los guardias municipales hablaron entre ellos.

–¡Pobre crío!

–¡Que pena! ¡Tan mono!

–Algún ataque.

–O algún mal golpe que no se ve.

–¿Qué vamos hacer si no tiene papeles?

–Lo que se hace siempre.

–¡Ah! claro, se lo expondrá...

–En la Morgue.

Pero el agente que llevaba al niño se detuvo, asombrado, alegre. En el preciso momento en que dijo: «La Morgue», el pequeño pecho latió contra él, muy intensamente. Dejó al muerto sobre la acera; el muerto no cayó. ¡Ah! ¡el muy pícaro! estaba simulando, se había burlado de ellos. Pero eran buenas personas. Le reprendieron dándole un golpecillo en el hombro, el otro una patada en el trasero. Lucien regresaba a casa de sus padres muy humillado.

III

Una semana más tarde:

–¿Y bien Mariette? – preguntó la madre desde lo alto de la escalera.

–El señorito Lucien no está en el parque!

–¿Cuándo se ha ido?

–Los otros niños dicen que no lo han visto en todo el día.

–¡Ah! ¡Dios mío! ¡ah! ¡Dios mío!.

Al día siguiente:

–¡Nada!– dijo el padre arrojando su sombrero contra la pared.

–¡Cómo! ¡cómo! ¿Qué dices, nada?

–En la comisaría, en la Prefectura, ninguna noticia, ni una pista. Es para volverse loco.

–¡Yo lo encontraré, yo!

–¿Dónde?

–¡Ah! ¡Dios mío! ¡ah! ¡Dios mío!

Pasaron todavía dos días más. El padre y la madre, solos en la habitación que su desolación oscurecía, no se atrevían a mirarse, sentados el uno frente al otro, y lloraban. Pero fuera, hacía un hermoso día de julio. Los transeúntes iban lentamente por las calles. En las Tullerías, los niños jugaban y los gorriones echaban a volar entre el sol verde de los castaños golpeados por los rayos. Bajo los puentes, el Sena muy caudaloso fluía en destellos dorados, mientras que sobre las avenidas discurría la feliz muchedumbre. Cerca del río hay una casa blanca, más blanca aún que la luz del verano; allí, unas personas desnudas están acostadas sobre lechos de mármol. Alguien al salir dijo: «Parece que lo han encontrado cerca de Billancourt.» Muchas personas entran, curiosas. Sobre el primer lecho de mármol está extendido un niño, muy guapo, un poco hinchado, completamente azul, y brillante por el agua que destella. Para verlo mejor, la gente se acercaba, se apretujaba, se empujaba. Los caballeros quitaban sus sombreros, las damas se santiguaban. Se producía un silencio por su presencia. Tenían miedo pero no podían dejar de mirarlo. Era algo soberbio.

LOS RÁPIDOS DIÁLOGOS

- ¿Rimador de oditas?
- ¿Señora?
- Es cierto que los poetas...
- ¿Qué los poetas?...
- ¿Todo lo pueden?
- Todo.
- ¿Absolutamente todo?
- Muchas más cosas aún.
- ¿Los magos?...
- Ellos son.
- ¿Las hadas?...
- Ellos son.
- ¿Los dioses?
- A vuestro servicio.
- ¡Pues bien! tengo un capricho.
- ¿Por mí?
- ¡Fatuo!
- ¿Por quién?
- Por nadie.
- Tanto peor para todos.
- Sea serio.
- ¡Ah! ¡lo soy!
- Quisiera...
- Lo adivino.
- En absoluto.
- ¡Creo que sí!
- Veamos.
- ¿Os gustaría que vuestra belleza fuese cantada...
- ¡No!
- En estrofas perfectas...
- ¡No! ¡no!
- ¿De las que se maravillarían las generaciones futuras?
- ¡No! ¡no! ¡no!
- Tanto peor. Vuestra inmortal gloria...

- ¿Mi gloria?
–¡Me hubiese sido tan fácil!
–Me gustaría...
–Lo adivino.
–Para nada.
–Creo que sí.
–Veamos.
–¿Os gustaría que unos misteriosos mares del Levante...
–¡No!
–Os trajesen...
–¡No! ¡no!
–Más perlas de las que harían falta para coronar a veinte emperatrices?
–¡No! ¡no! ¡no!
–Tanto peor. Engalanaros con maravillosas perlas...
–¿Maravillosas perlas?
–No me hubiese costado más que una señal.
–Me gustaría...
–Lo adivino.
–De eso nada.
–Creo que sí.
–Veamos.
–¿Os gustaría que, mediante mis poderes mágicos, un amante...
–¡No!
–Joven, guapo, fiel, opulento como el más rico banquero de Alejandría...
–¡No! ¡no!
–Os amase con amor eterno?
–¡No! ¡no! ¡no!
–¿Qué entonces?
–¡No! os digo; mi capricho sería...
–¿Qué sería?...
–Que, por un poema o un cuento...
–¡De acuerdo!
–Mediante el poema más tierno del mundo...
–¡Magnífico!
–O un cuento amablemente sutil...
–¡Nada más sencillo!
–Vos me hicieseis...
–¿Qué yo os haga?
–Aunque no fuese más que un instante...
–¿Un instante?
–Vos me hicieseis...
–¿Qué?
–Vos me...
–¿Y bien?
–Hicieseis...
–¡Hablad!...
–Enrojecer.
–¡Ay!
–¿Cómo?
–¡Ay! ¡ay!

- ¿Qué decís?
- ¡Qué desgracia!
- ¿Pero cómo?
- ¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia!
- ¿Desgracia?
- Sí, pues la cosa que pedís es la única cosa que resulta...
- ¿Qué resulta qué?
- Incluso a los magos, incluso a las hadas...
- ¿Incluso a los dioses?
- ¡Incluso a los poetas!
- ¡Eh! acabad...
- ¡Imposible!

**LOS OJOS, LOS LABIOS, EL PECHO
Y LAS MANOS**

–¡Dulce muerte!
–¡Exquisito tránsito!
–¡Cielo!
–¡Paraíso!
–¡Ah! como los dulzores...
–¡Ah! como los furores...
–Inefables...
–Desenfrenados...
–De las caricias...
–De los abrazos...
–Me han...
–Me han...
–¡Destrozado!
–¡Destrozado!
–Pues, dijo él, para que vuelva a vivir...
–¿Y bien?
–Dame...
–¿Lo qué?, dijo ella.
–¡Tus ojos!
–Te doy mis ojos.
–¡Apenas!
–Es que...
–¿Es qué?...
–Mis párpados...
–De oro marrón, arrugado...
–Están un poco...
–Pesados por el recuerdo...
–¿De mis besos?
–¡De tus besos! ¡de tus besos!
–Entonces, dijo él...
–¿Y bien?
–Dame...

-¿Qué?, dijo ella.
-¡Tus labios!
-Te doy mis labios.
-¡Apenas!
-Es que...
-¿Es qué?
-Mis labios...
-Rojos como las cálidas frambuesas!...
-Están un poco...
-¿Un poco?
-Secos y quemados...
-¿De mi aliento?
-¡De tu aliento! ¡de tu aliento!
-Entonces, dijo él...
-¿Y bien?
-Dame...
-¿Qué?, dijo ella.
-¡Tu pecho!
-Te doy mi pecho.
-¡Apenas!
-Es que...
-¿Es qué?...
-Mi pecho...
-¡Doble naranja de carne dorada!...
-Está un poco...
-¿Un poco?
-Dolorido y magullado...
-¿De mis dientes?
-¡De tus dientes! ¡de tus dientes!
-Entonces, dijo él...
-¿Y bien?
-Dame...
-¿Lo qué?, dijo ella.
-¡Tus manos!
-¿Qué te dé mis manos?
-¡Oh! ¡en las mías!
-¿Mis manos?
-¡Adorables!
-¿Mis dos manos
-¡Adoradas!
-En las tuyas?
-¡Oh, delicia!
-¡Cómo!, dijo ella...
-¿Y bien?
-¿Los inefables...
-Los desenfrenados...
-Dulzores...
-Furores...
-De las caricias...
-De los abrazos...

-Te han...
-Me han...
-Destrozado?
-¡Destrozado!
-¿Y tu quieres...
-¡Sí!
-Mis manos?
-¡Sí!
-¿Una
-¡Sí!
-Y la otra?
-¡Sí!
-¿En las tuyas?
-¡Sí!
-¡Tonto!

LA TÓRTOLA RESUCITADA

Al crepúsculo vi desde mi ventana pasar a Jocelyne, Jocelyne que tiene dieciséis años, Jocelyne tan ingenua Jocelyne sobre el camino, anegada en lágrimas. ¡Ah! ¡qué bonitas eran sus lágrimas! ¿sus lágrimas? no, sus ojos. Al igual que el rocío no forma perlas excepto cuando se deposita sobre hermosas flores.

–¡Eh! Jocelyne! – dije.

–¡Ay! ¡Ay! ¡señor!,– dijo ella.

–¿Por qué lloras tanto?

–Porque he perdido...

–¿Perdido?

–¡No! ¡no!

–¿Lo qué, Jocelyne?

–¡A mi tórtola, señor!

–¡Ah! sí, que era tan encantadora...

–¡En su jaula, al lado de mi ventana!

–Y que arrullaba tan tiernamente...

–A como desfallecía mi corazón de alegría.

–Ahora es de desesperación...

–¡Cómo desfallece, por desgracia! y, puesto que está muerta, voy...

–¿Vos vais, querida?

–A arrojarme en el río más cercano.

–¡No hagáis eso, por favor!

–¿Por qué no, decidme?

–Porque el río más próximo...

–¿No es bastante profundo...

–¡Sí! ¡sí!

–Para que allí se pueda morir?

–¡Sí! ¡sí!

–¿Y bien?

–Pero su lecho...

–Su lecho...

–Es de guijarros agudos.

–¿Es cierto?

–Que harían mucho daño...

- ¡Ay!
–A vuestra piel tan fina...
–¡Ay! ¡ay!
–A todo vuestro frágil cuerpo...
–¡Ay! ¡ay! ¡ay!
–¡Como un tallo de ortigas!
–¿Dónde podré morir, Señor?
–Yo sé de otro lecho...
–¿De río?
–¡No! pero donde el tránsito...
–¿Es seguro?
–¡Y tanto! y...
–¿Y?...
–¡Mil veces más dulce!
–¡Bueno! ¿cuál es ese lecho, Señor?– preguntó ella.
–Ese lecho es el mío, Jocelyne!– respondí yo.
–¡Y bien! si allí se muere...
–¡No os quepa la menor duda!
–No veo ningún inconveniente...
–¡Cuánta razón tenéis!
–En arrojarme a él de inmediato.
–¡Venid pues, Jocelyne!
–¡Heme aquí, Señor!
–Dadme vuestra mano.
–Tomadla.
–Meted vuestro pie...
–¿Mi pie?
–Por el reborde...
–¿De la ventana?
–Y saltad.
–He saltado.
–Habéis llegado.
–¡Ah! esa blancura, al fondo...
–Con los encajes y la seda...
–¿Ese es vuestro lecho?
–Esa es vuestra tumba.
–¡Cómo me gusta!
–¡Qué bien estaremos allí!
–¡Nosotros!
–Sin duda.
–¿Vos y yo?
–Con toda seguridad.
–¡Cómo! ¿no podría yo?...
–¿Morir sola?
–Sí.
–No del todo. ¿Es que acaso en el lecho del río...?
–¿En el lecho del río?
–¿No habríais tenido con vos...?
–¿Lo qué?
–¡El agua!

- Es cierto. Pero, vos...
–¿Yo?
–¿Es que moriréis también?
–¡Ah! ¡os lo juro!
–¿Tanto os involucra mi pena?
–Sí.
–¡Cielos! ¡Qué bueno sois!
–Apresuraos pues, Jocelyne.
–¿A arrojarme al lecho, Señor?
–Exacto.
–Eso está hecho.
–¡Oh! se necesitan otras ceremonias.
–¿Cómo cuales?
–Este vestido...
–¿Lo he de quitar?
–Vos lo habéis dicho.
–¿Y este corsé?
–¡También!
–¿Y estas medias?
–¡También!
–Y esta...
–¡Sobre todo!
–¡Ah! ¡Señor!
–¿Qué ocurre, Jocelyne?
–Me parece...
–¿Os parece?
–Que estoy completamente desnuda.
–¿Es que hay que morir completamente desnuda?
–¡Es justo! Al menos...
–¿Al menos qué?
–¿Pasaré al otro lado sin demora?
–¡Al mismo instante!– exclamé yo.
–¡Ah!–dijo ella.
–¿Qué pasa pues?
–Vuestras manos... vuestros labios...
–Sí...
–Esos besos... esas caricias...
–Sí...
–¿Son indispensables para que yo muera...?
–¿Creéis acaso que en el lecho...
–¿Del río?
–El agua no os habría...
–¿No me habría qué?
–Acariciado, abrazado, atenazado y besado por todas partes?
–¡Es cierto! ¡es cierto! y, realmente...
–¿Realmente?
–Aquí me siento...
–¿Qué os sentís?
–Muerta.
–¿Muerta?

–¡Ah! tan muerta.
–¡Jocelyne!
–Pero, Señor...
–¿Qué?
–Esto es engañar.
–¿Engañar?
–Yo estaba muerta, ¡sea!
–¿Qué os había dicho yo?
–¡Pero ya lo no estoy!
–Todavía volveréis a morir aún.
–¿Para volver a renacer?
–Es que la diferencia entre mi lecho...
–¿Y el del río?
–Es que en el mío, la muerte se convierte pronto en una nueva vida.
–Pero, entonces...
–¿Entonces?
–Mi desesperación no tendrá fin...
–¿Desesperación?
–¡Por mi tórtola perdida!
–¡Eh! ¡no!
–¿No?
–Claro que no. Pues cada vez que muráis...
–¿Cada vez que yo muera?...
–¡El pajarillo resucitará!
–¿Ella resucitará?
–¡Sí! ¡en los deliciosos sollozos y en los divinos estertores de nuestros breves tránsitos! ¡Y, moribunda, deberíais tener el oído un poco duro para no haberla oído antes arrullar, arrullar más tiernamente de lo que nunca arrulló en la jaula, cerca de vuestra ventana!

LA APUESTA INGENIOSA

I

En el alto valle pirineo, quemado, yerto y seco, atravesado por masas rocosas a pico, y discurriendo por una pedregosa descendente de un torrente seco hacia una curva donde se divisa, en el repentino vértigo del cielo y del precipicio, una cruz de madera, sola y desnuda, memorial de algún desastre, de obstinadas palpitaciones cada vez más próximas y de oscuros plumajes brillado a la luz de luna, puede verse como una masa convexa de donde algún fragmento se desprende y se cae; se trata de una colina de cuerpos muertos, desnudos, alzándose en blancos matices, pudriéndose en el calor de la noche. Pues han pasado ya cuatro días desde que los malvados ingleses y los peores gascones, los malhechores que masacraron la retaguardia de maese Bertran, sorprendieron en ese valle a un convoy de monjes portadores de vituallas en sacos y de odres de vino. Mataron y saquearon a los religiosos, – utilizando sus hábitos como telas para abrigarse, – y se saciaron con las viandas y las bebidas. Los vientres de los vivos no estaban menos hinchados que los de los cadáveres; aquellos de víveres ingeridos, éstos de entrañas fermentadas. Sin embargo, los cuervos todavía no se atrevían a posarse sobre las carroñas a causa del ruido de los sordos ronquidos que emitían en la noche las respiraciones de los tres mercenarios tumbados y borrachos sobre las piedras, montones de cantos rodados al lado del montón de muertos.

Ahora bien, estornudando el mal aire, uno de ellos dijo:

–¡Por la muerte de Satán!, no es precisamente un perfume de tocino fresco ni de muslo de muchacha lo que me ha entrado en las narices.

Otro, sacado de su sopor, en un movimiento de hierros, dijo:

– Desde luego este olor no me parece tan agradable como el que pude oler, cinco días después de la batalla en la llanura de Auray; aquél era de rosas comparado con éste.

–Este es – dijo un tercero,– el mismo que el de los monjes en vida, pues huelen peor que los demás hombres, y muertos apestan más que los demás cadáveres.

Por otro lado estuvieron de acuerdo en que, para evitar alguna enojosa peste u otra enfermedad similar, era ya hora de enterrar los cuerpos en la gran fosa que, dos de ellos, Crokesos y Cabot-Chacal, habían recibido la orden de cavar bajo el torrente seco al tomar la curva donde la cruz de madera, sola y desnuda, se levantaba sobre el vacío del precipicio y del cielo; pues era aquel un lugar conveniente para sepultar religiosos ya que la cruz proyectaba como una sombra de santa horca.

Con las manos en torno a la boca para potenciar su grito:

–¡Eh! ¡Cabot-Chacal!

–¡Eh! ¡Crokesos!

Desde la curva, donde, aquí y allá, sobre dos negras formas, bajas, como agachadas, serpenteaban en espejismos de luna unos movimientos de cotas de malla, unas voces se oyeron en el alto valle:

–¿Qué ocurre muchachos?

–¿Habéis cavado la fosa?

–Sí.

–¡Bueno! vamos a llenarla.

Y los tres malhechores, a los que despertó el olor de la podredumbre, caminaron hacia el montón de muertos. Uno tomó un cadáver por la nuca, los otros dos lo izaron por las piernas; y comenzaron a descender el pedregoso lecho del torrente. Espantados, los cuervos se habían dispersado. Luego regresaron. Muchos se dedicaron a planear sobre las pálidas formas. Pero varios, siguiendo un vuelo bajo la presa que se les robaba, fueron detrás del hombre que agarraba la cabeza muerta, como un largo manto negro que palpita en el viento.

II

En efecto, después de más de una hora, la fosa estaba cavada, profunda y amplia; y, para pasar el tiempo después de la tarea acabada, Cabot-Chacal y Crokesos jugaban a los dados sobre una escalera de piedra bajo la cruz. Desde que hubieron respondido a aquellos de allá en lo alto, todavía jugaban. Crokesos perdía y blasfemaba; Cabot-Chacal ganaba y reía. La cólera de uno no era más feroz que la alegría del otro. Eran dos salvajes compañeros. De Crokesos, gracioso como las hienas, se contaba una vieja historia: «Las vírgenes le llaman Pilla-Corazones, pero las gentes de guerra le llamaban Abate-Paredes; si su mano abierta resultaba agradable a las más delicadas féminas, su puño cerrado era como una catapulta.» Y, de Cabot-Chacal se había escrito: «Si se bate en un arroyo lo convierte en un torrente rojo que ni siquiera un gigante no podría pasar con comodidad; en una ciudad asediada donde faltaba el trigo tanto como el centeno, le tomó gusto a la carne humana, y algunas veces, si ayunó por devoción o por cualquier otro motivo, después de acabar la batalla le gustaba probar los cadáveres que había hecho.»

Sombríos y brillantes, con los ojos refulgentes bajo la nariz y los dedos crispados fuera de las mangas de la cota de mallas, ambos se inclinaban ardientemente hacia la suerte que, al principio, vaciló en el temblequeo de los pequeños cubos, decidiéndose por fin en su detención. Y en el frenesí de ver los puntos, sus cascos de bronce entrechocaban, mientras que movidas por su agitación, sonaba en la piedra el acero desnudo de sus cortas espadas.

–¡Por la virtud del diablo! ¡Haces trampas!– aulló Crokesos.

Pero Cabot-Chacal dijo:

–¡Quién lo dice miente, hijo mío! Pues, de hecho soy un auténtico jugador. Preferiría no beber vino ni buscar vírgenes en lo que me queda de vida, antes de hacer trampas por alguna falsa artimaña. Así pues, dado que te quedan doce soles de España todavía, juguemos muchacho, y gana.

–A los dados no.

–¿Y qué juego te apetece? No tenemos tablas ni tableros. ¡Ah! ¿tal vez te guste ganar a par o impar? ¡Bueno! yo meteré unas monedas en mi mano...

–¡Tú me engañarás añadiendo alguna pequeña moneda, después de que yo haya ganado!

–Te equivocas, hijo, con tales sospechas. Pero se me ocurre un juego donde no podrás desconfiar de ninguna manera.

En ese momento se aproximaban los tres mercenarios trayendo un cadáver.

–No más que tú – prosiguió Cabot-Chacal, alegremente (pues estaba muy satisfecho de su idea), puedo saber cuantos muertos yacen allá arriba y que se van a enterrar uno tras otro. ¡Apostemos sobre su número, hijo mío! y, después del último cadáver arrojado en la fosa, ganará los doce soles de España aquél de nosotros que, habiendo dicho par o impar, haya acertado.

Aunque de mal humor esa tarde, Crokesos no pudo impedir reírse de lo divertido que le parecía ese juego.

– ¡De acuerdo! grito, yo pido par.

– ¡Yo pido impar! – replicó Cabot-Chacal, – Hecho.

Hecha la apuesta se sentaron sobre el escalón de la cruz atentos al muerto que traían los tres hombres seguidos por los cuervos.

III

El primer cuerpo que cayó en el amplio y profundo agujero fue el de un joven novicio tan delgado y frágil que parecía una chiquilla. Tenía en el cuello circundado por una larga yaga semejante a un collar de sangre. Cayó en dos partes al desprenderse su brazo izquierdo del hombro a causa de la putridez,

– ¡Uno! – dijo Cabot-Chacal.

Los tres mercenarios volvieron a subir seguidos del cortejo de alas negras, y luego bajaron, acompañados de un mayor número de cuervos. El segundo cuerpo que cayó en la fosa fue el de un monje muy ventrudo, hinchado por todas partes en livideces estriadas de manchas negras. Cuando hubo tocado el fondo de la sepultura, ascendió un olor igual al de un saco de inmundicias que revienta.

– ¡Dos! – dijo Crokesos.

– ¡Dos! – dijo Cabot-Chacal.

El tercer cuerpo fue el de un religioso tan alto y tan flaco, con todos los huesos tan visibles y salientes bajo la tensa piel que se hubiese tomado ya por el esqueleto en que pronto se convertiría. Cayo haciendo un ruido de bastoncillos frágiles que se rompen.

– ¡Tres! – dijo Crokesos.

– ¡Tres! – dijo Cabot-Chacal.

Trajeron otro cadáver, y otro, y otros más, que cada jugador contaba a medida que se los arrojaba en la fosa: « ¡Cuatro! ¡cinco! ¡seis! ¡siete! ¡ocho! ¡nueve! ¡diez! » Ni Crokesos ni Cabot-Chacal reparaban en el hedor de las carnes amontonadas en masa blanda, en la insoportable pestilencia con la que se saturaba la calidez del aire. « ¡Once! ¡doce! ¡trece! ¡catorce! » Ahora cantaban las cifras con voz más ansiosa, a medida que sentían más próximo el número final, donde la apuesta se ganaría o perdería. « ¡Quince! ¡dieciséis! ¡diecisiete! » Su angustia se redoblaba, se exasperaba. « ¡Dieciocho! ¡diecinueve! ¡veinte! » A cada descenso de los tres portadores, el cortejo de los cuervos era más amplio, más largo, más tumultuoso, con un ruido de graznidos más intenso. Pero los jugadores no reparaban en eso, tan absortos estaban en la esperanza y en el miedo. « ¡Veintiuno! ¡veintidós! ¡veintitrés! » El último cadáver que con el ¡uf! de las tareas acabadas, los portadores dejaron caer en la fosa, fue un viejo cubierto por todas partes de pelos blanquecinos entre los cuales, aquí y allá, se veían unos rosetones; y los cuervos ya no volvieron a subir, posados en negra y compacta muchedumbre en los dos brazos de la cruz.

– ¡Veinticuatro! ¡par! ¡gané! – gritó Crokesos batiendo palmas como un niño alegre.

IV

Cabot-Chacal se callaba. Una rabia le devoraba. ¡Había perdido! ¡Había perdido! Tendría que dar doce soles de España. ¡Perdido! a ese juego que él había ideado. Su rabia se duplicaba al haber inventado él ese juego en el que había perdido. Desde luego no podía cuestionar la equidad de la partida. Veinticuatro cadáveres estaban allí. Veinte cuatro. Ni uno más ni un o menos. Y se fue resignado, siendo jugador honrado, en no tratar de buscar alguna artimaña. No, puesto que había perdido, pagaría. Pero la cólera hacía temblar sus labios y los ojos se le inyectaban en sangre.

De pronto, sonrió...

Sacó su corta espada y la hundió por completo en el vientre de Crokesos que cayó sin un grito; y:

–¡Veinticinco! ¡Impar! ¡Gané! – clamó en medio de una gran carcajada.

Luego, habiéndose apropiado de los doce sueldos, Cabot-Chacal empujó el cuerpo sobre los otros, y se evadió hacia las tinieblas haciendo sonar las monedas entre sus alegres manos, mientras los cuervos se abatían en la fosa.

LA CRIADA Y EL SEÑORITO

Cansado, a tientas, y muy pálido, con aspecto de alguien que va a desfallecer de debilidad, pero todavía apuesto por sus vestimentas principescas y un rostro amable, un señorito pasaba por delante del patio de un albergue florido de aristoloquias entremezcladas con las enredaderas, dónde retozaban unos jilgueros saltarines.

–¡Eh! ¡señorito! – dijo la criada, gruesa y sonrosada que todavía tenía en los cabellos la paja del granero donde su amigo la había revolcado, y cuya boca parecía, porque aquél se la había mordido bien, una fresa pisoteada.

–¿Qué queréis muchacha?

–¿No almorzaréis a la sombra de las enredaderas y las aristoloquias?

–No, ya no comeré más, os lo juro.

–¿Cómo? ¿No tenéis apetito?

–Jamás he tenido tanto.

–¿Acaso unos ladrones os han robado el dinero que teníais?

–No fui desvalijado en el bosque, y cuando camino, un ruido de oro se desprende de mi bolsa.

–¡Sentaos pues y comed!

–No podría, pequeña.

–El cocinero ha preparado esta mañana unos tordos al enebro en su propio jugo que están aderezados con una poca gelatina que desprende un buen olor.

–Precisamente soy un apasionado de los tordos al enebro.

–Con una pata de osezno, cuatro días adobada en aceite perfumado de hierbas y tomillo, cocinó, a la llama de las brasas de pino, un rosbif que huele de maravilla.

–Nada me gusta más que el rosbif de pata de osezno bien asado en brasas olorosas.

–Y en lo que respecta al postre, hay un merengue hecho de una leche de oveja de dos años, espolvoreado con raspaduras de cuerno de ciervo.

–¡Ah! ¡Cómo me gusta el merengue de leche de oveja espolvoreado con raspaduras de cuerno de ciervo!

–¿Voy pues, señorito, a disponer todo sobre la mesa?

–No os toméis la molestia. A partir de ahora no debo ni comer ni beber, porque ayer la boca de mi amante depositó un beso en la mía; y no quiero que ningún otro gusto, ni ningún otro aroma hagan desaparecer el sabor que anhelo eterno.

–¿Moriréis de hambre entonces?

–¡Y mi alma al morir conservará ese bálsamo para hacer de él el perfume de mi paraíso!

–He aquí el dicho y hecho de un fiel amante. ¿Pero después del almuerzo, vuestra amiga no podría daros otro beso tan dulce como el primero que vos conservaríais intacto hasta la hora de cenar? Luego os seguiría besando todavía.

–Sabed, muchacha, que mi amante no es de esas personas que prodigan sus caricias. A ningún vivo, ni siquiera a mí, concederá a partir de ahora lo que me ofreció; y, apenas hubo rozado mis labios, le rogó a mi mejor amigo que la condujera al convento más cercano donde expiaría mi delicia entre oraciones y penitencias.

La criada no puedo reprimir la risa.

–No almorcéis entonces, señorito. ¿Pero no os gustaría entrar en el albergue y apoyaros en la ventana desde donde se ven los más floridos jardines?

–No me apoyaré en la ventana para mirar el jardín.

–¿Cómo? ¿No os gustan las flores?

–Al contrario, me resultan muy agradables.

–¡Venid pues, y miradlas!

–No podría, pequeña.

–Nuestro jardinero ha realizado un parterre de rosas rosas y rojas, tan bellas que jamás se han admirado otras iguales.

–Precisamente, me apasionan las rosas rosas y las rosas rojas.

–De una mata de bolas de nieve, ha hecho un radiante ramo de blancuras.

–Las bolas de nieve son mis favoritas.

–Y, aquí y allá, entre las blancuras, se estremecen céspedes cobrizos.

–¡Ah! ¡qué agradable me resultan ver agitarse los céspedes dorados!

–¿Voy entonces a acompañaros a la ventana desde dónde se ve el jardín?

–No os toméis la molestia. Puesto que, huyendo hacia el convento, mi amante, en un descuido, dejó caer el camisón con el que con tanto pudor estaba vestida, y dado que yo conocí, durante un minuto, el encanto de su belleza sin velo, ya no debo observar nunca ninguna flor; mis ojos están cerrados para siempre, pese a no ser ciego; y es por eso por lo que camino a tientas.

–¿Cómo! ¿No prestaréis más atención a las floraciones de abril?

–Y mi última mirada llevará consigo íntegramente la belleza de mi amante, ¡para hacer de ella el esplendor de mi paraíso!

–He aquí un fiel amante. Pero, después de las flores abiertas, ¿vuestra amiga no podría dejar caer de nuevo su camisón? quedaríais encantado de ella hasta el siguiente abril; luego se volvería a desvestir.

–Debéis saber, muchacha, que mi amante no es de esas que se desvisten por cualquier motivo. A ningún vivo, ni quiera a mí, ofrecerá a partir de ahora el deslumbramiento de su belleza desnuda; e incluso, habiéndomela dado por descuido, pienso que moriría de vergüenza si mi mejor amigo, que había girado la vista honestamente, no la hubiese envuelto con un gran abrigo que él tenía para llevarla al convento.

La criada, esta vez, prorrumpió en carcajadas.

–No vengáis pues a la ventana. Pero, cansado como estáis, ¿no dormiríais una o dos horas en una habitación del albergue desde donde no se puede oler el buen aroma de la cocina, y desde dónde, con las ventanas cerradas, no se pueden ver las bonitas flores del jardín?

–Es verdad que me siento muy cansado – dijo él.

–Seguidme pues, – dijo ella.

Y, puesto que él tenía los párpados cerrados, ella le tomó de la mano llevándolo a través de la casa y advirtiéndole de la presencia de los escalones.

–¡Hum! – dijo él.

–¿Qué ocurre? – preguntó ella.

–¿No me engañáis? Para tentarme, me estáis conduciendo sin duda al lado del comedor.

–En absoluto. Pronto estaréis en una habitación, la mejor de la casa.

–Sin embargo me parece sentir un olor de tordos al enebro que un hábil cocinero habría cocido en su propio jugo.

–Es que estáis muy cerca de mí, y siendo una muchacha de campo que no se aplica los ungüentos de vuestras bellas damas, tal vez huelo al pájaro silvestre.

–También juraría que aspiro un rosbif perfumado de hierbas frescas, de pino y olivas.

–Es que me suelo tumbar entre las verdes malezas, bajo los olivos y los pinos.

–También me entra por las narices el azúcar de un merengue.

–Es que he estado con las ovejas en el establo y en el césped.

Pensando, él dijo:

–Es posible.

Siguieron caminando, la criada dirigiendo al señorito.

–¿Eh? – dijo él.

–¿Sí?–dijo ella.

–¡No os riáis de mi! Apostaría que para inducirme a la tentación me conducís al lado del jardín.

–¡Qué equivocado estáis! Unos escalones más y estaréis en vuestra habitación, lejos de las flores.

–Sin embargo, a través de mis pestañas cerradas, creo adivinar unos rojas y rosadas rosas.

–Es que, aún ciego, no dejáis de percibir, inclinándoos hacia mi, dos cosas, y que, muchacha de no más de veinte años recién cumplidos el mes pasado, tengo floraciones rojas y rosas, aquellas en los labios, estas en los senos que, demasiado hinchados, sobresalen del corsé.

–Intuyo también unas rondedeces blancas que desde luego deben ser bolas de nieve.

–Es que, bajando del granero, me olvidé de subir los suficientemente mi camisa, y la blancura de mis hombros es redonda.

–Además, todo me hace suponer que veo a medias, bajo las blancuras, un estremecimiento semejante al césped dorado.

–Es que, por un instinto de guiar, he levantado en alto mi brazo y debajo hay una mata rubia.

El reflexionó y dijo:

–Es posible.

Y finalmente llegaron a la habitación; ella lo dejó solo, tras haber cerrado cuidadosamente, a petición del señorito, las ventanas desde donde hubiese podido ver el jardín. Él se sentía muy orgulloso porque había conservado en sus labios, sin ninguna mezcla, el único beso de su amiga, porque sus ojos se habían negado a ver otra flor que no fuese la belleza de su amiga. ¡Moría de hambre! moría sin haber, incluso ni un instante, contemplado de nuevo los cálices y las matas primaverales. ¡Sí! sí! ¡Magnífico! Y se enorgullecía de su enamorada constancia.

Unos ruidos le inquietaron, – unas voces que no le resultaban desconocidas. Seguramente había personas en la habitación contigua. Pego el ojo a la cerradura, –

olvidaba su ceguera,– y vio a su amante en los brazos de su mejor amigo. Lejos de rechazar un segundo beso, ella le daba veinte, le daba cien, le daba mil; y muy lejos de morir de vergüenza por una tela caída, estaba sin ninguna prenda encima– ni incluso una camisa de novia – estremeciéndose apasionadamente en un estrecho intercambio de caricias.

Entonces, arrojándose hacia la puerta, llamó:

–¡Criada!

–¿Qué desea el señor?

–¡Traiga los tordos al enebro!

–Sí, señor.

–¡Y el merengue espolvoreado con raspaduras de cuerno de ciervo!

–Sí, señor.

–Venid a abrir las ventanas que dan al jardín para que pueda ver las rosas rosas y las rosas rojas...

–Sí, señor.

–¡Y las bolas de nieve!

–Sí, señor.

–¡Y el césped dorado bajo las blancas redondeces!

–¡Sí! sí, sí, señor!

–O más bien...

–¿Qué?

–No traigáis nada y no abráis nada, excepto a vos misma, ¡puesto que en vos están todas las buenas cocinas y las bellas flores!

A decir verdad, habiéndose apresurado a subir, ella no tuvo opción de responder. Pero, con la puerta cerrada, él estuvo seguro enseguida de que, incluso aunque ella tuviese tiempo, no habría dicho que no.

CUENTO DE ANTAÑO

De una Costurera
Llamada Glicina
Que, como había pronosticado el hada,
Las Tres primeras veces no pudo ocultar
Que su falda
No de pie, sino acostada,
le hubiese sido quitada
Por el amigo del que estaba enamorada,
Pero después de la tercera vez
Se la pudo quitar por completo
E incluso la camisa
Sin que alma en el mundo
Supiese nunca nada.

I

En esa época, tan remota, tan remota, –¡ah! ¡muertas ya pero qué hermosas! ¡reinas y gentiles damas! ¡y pastoras también! cuantas carnes ya marchitas entre los mármoles de los sepulcros donde las hierbas de las fosas renueva su floración, lises aquí y rosas allá y demás muguets de los prados, flores de fácil deshojar por el viento, – Así pues, en esa época, vivía en la aldea de Bryone-les-Vimes, sobre el Douce, que es un bonito río, una niña llamada Glicina la Costurera; Glicina, debido a su aspecto primaveral, Costurera porque aunque pobre, remendaba y cosía por dinero la ropa de los habitantes del castillo o la de la casa del noble. Ahora bien, Glicina, que iba a cumplir dieciséis años, tenía por amigo a un joven leñador llamado Juan del Bosque, del que estaba tan enamorada que, cuando regresaba por las tardes a su morada por el caminito que bordea el Douce, no podía encontrarse con él sin que el corazón no se le escapase del pecho y sin que no aflorase a sus ojos un calor – no en los ojos solamente – que solamente lágrimas de placer hubiese podido apagar. ¡Ah! ¡con que gusto ella se hubiese demorado en las orillas desiertas del río con el joven muchacho que la tomaba de la boca y de las manos. Pero ella evitaba satisfacer su deseo porque en la choza la esperaba su abuela, una anciana malvada y hosca que no aceptada bajo ningún concepto que la juventud se

solazase en amoríos, y, de piel grisácea, desdentada, con los labios y las sienes peludas y en las dos manos con una fuerte rama de madroño que le servía de bastón, siempre tenía un motivo de queja. Desde luego y con gusto la muy malvada hubiese acariciado con la rama de madroño los hombros y riñones de Glicina si pudiese convencerse de que la niña mantenía alguna tierna aventura; y cuando regresaba la chiquilla, la abuela nunca dejaba de preguntarle y mirar por aquí y por allá, observando si no había algún desorden en el vestido, o algún sonrojo demasiado intenso, resto de un beso en la boca o bien bajo los ojos esas ojeras azuladas, dulces y melancólicas como el quejido del placer.

Por otra parte, durante un crepúsculo rosa aún de sol poniente, a orillas del bosque, donde unas danzas misteriosas se producen sobre las hierbas floridas, una Fada – así se les llamaba a las hadas en Bryone-les Vymes – había advertido caritativamente a Glicina: « ¡Las tres primeras veces, querida, que pequéis por amor, la vieja no dejará de darse cuenta y os castigará cruelmente! –¿Tres veces? – ¡Tres veces, pero no más! – ¡Qué desgracia! ¡Dios me guarde, y a vos también, buena Fada!»

De modo que por prendada que estuviese, la Costurera, una vez acabada su jornada, no se atrevía a prestar oídos a los propósitos de Juan del Bosque, y, perezosa, se iba a su morada, rápido, rápido, a paso vivo de aguzanieves que corre tan rápido que no tiene necesidad de volar.

II

Pero resistir tanto tiempo a la fuerza del amor no es posible para las muchachitas que van a cumplir dieciséis años, sobre todo cuando el tibio abril derrama por todas partes estremecimientos y fragancias de renovación; y, una tade:

–¡Ah! ¡Costurera! – dijo Juan.

–¡Eh! ¿Qué quieres leñador? – dijo Glicina.

La corriente del Douce se deslizaba con murmullos que les aconsejaban tomar también alguna tierna pendiente.

–¡Ah! ¡Glicina! – dijo él.

–¡Eh! ¿qué quieres, Juan? – dijo ella.

Entre ellos, rozándoles los labios, pasó un soplido tan dulce, tan fragante, que no hubiese parecido mejor, a ella, venido de la boca de él, ni a él, venido de la boca de ella.

–¡Ah! ¡amiga mía!– dijo él.

–¡Ah! ¡mi amor!– dijo ella.

Y estrechándose el uno contra el otro, caminaron deliciosamente en la sombra creciente, a lo largo del agua, sobre la arena al final de la orilla, sobre la arena fina y blanca de la orilla, donde el pie resbala tan fácilmente cuando menos se piensa...

III

¡Pero una hora más tarde la abuela se manifestó terrible! Con su lámpara en una mano y en la otra la rama del madroño en lo alto:

–¿De dónde vienes, tunanta? ¿Qué estuviste haciendo por ahí afuera, hasta la noche cerrada? ¡Me vas a matar! te romperé los huesos para enseñarte a comportarte con decencia.

Completamente apenada, y echándose hacia atrás para evitar los golpes, la Costurera objetaba que no era culpa suya, que la esposa del noble, que estaba embarazada, la había retenido más tarde que de costumbre para trabajar en una canastilla para su futuro bebé. Bien mirado eso podía ser verdad. La vieja se calmó sin dejar de gruñir. « ¡Bueno!

¡bueno! ya veremos, ya me informaré mañana. ¡Mientras tanto acuéstate, sinvergüenza!
» Glicina no se lo hizo decir dos veces. Muy contenta por haber convencido a su abuela se fue a su cama y comenzó a desabrocharse la blusa, – tal vez no era la única vez – pero, apenas se hubo quitado el primer botón fuera del ojal:

–¡Ah! ¡la villana! ¡ah! ¡la lagartona!

Pues la vieja, bajo la lámpara, veía desde el cuello de la blusa hasta la cintura de la falda, el vestido de Glicina, que era de hilo y algodón oscuro, completamente blanco por detrás por la arena fina adherida. Nada más seguro que la Costurera hubiese estado acostada, y durante bastante tiempo, sobre la espalda. La rama de madroño no vaciló, y más de veinte veces se abatió sobre la espalda y las nalgas de la pobre anegada en lágrimas y profiriendo gritos. Tanto fue así que al final la vieja, sintiéndose cansada, se fue a acostar, sopló la lámpara y se durmió. En cuanto a Glicina, sollozando entre sus sábanas, tocaba sus heridas tanto o más dolorosas por lo suave que tenía la piel y juraba que no se la regañaría más por retrasarse fuera de la choza; pues a decir verdad, por extremo que hubiese sido, ella había sido duramente castigada por detrás, por culpa del placer que se le dio por el otro lado.

IV

A partir de ahora, Glicina, una vez remendadas las ropas, no volvía ya de regreso a su morada por el camino que bordeaba el río. Tomaba a través del bosque – camino más largo, pero más seguro. ¿Segura? no lo estuvo siempre. Una vez, deslizante a través del bosque oscurecido, y parecido, a causa de su vestido esa tarde blanco, a un vaho de niebla, encontró a su enamorado Juan el Leñador que la acechaba. Pleno de amor, no admitió ninguna excusa, ninguna prorroga: ¡la tomó! ¡se la llevó! Por desgracia, el juramento que ella había hecho no es de aquellos – ¡es de esos que también las bellas traicionan! – que una muchacha mantiene fácilmente, sobre todo cuando los alientos de junio calientan ya las hojas y el aire, y las sombras son acariciadoras. « ¡Oh! al menos, suspiró ella, ¡no a orillas del río... no sobre la arena...!» Precisamente él conocía en el intrincado misterio del bosque, en el más profundo misterio del bosque, un rincón de hierba y de musgo. ¡Qué ella no temiese nada! la arrastraba. Ella jadeaba, dulcemente prendada. Ahora, tenía bajo sus pies el césped mullido y húmedo del rocío de la tarde, se sentía desfallecer, temiendo dejarse resbalar, temiendo al menos, tal vez, que ella no habría debido...

V

No me atrevería a decir que Glicina no estaba en absoluto preocupada cuando, dos horas más tarde, regresó a la choza. Pero al menos había preparado una mentira en la que confiaba un poco; y, esta vez no sería traicionada por la arena que se pega a la tela. Enseguida dijo con aire sincero y alegre: « ¡No me regañes, abuela!, pues, trabajando más tiempo en la lavandería del castillo he ganado doce denarios con los que te compraré un gorro, o si quieres un buen bastón mejor para una persona como tú que una gruesa rama de madroño.» La vieja que ya levantaba la rama bajo la lámpara también en alto, pareció enternecerse con esas palabras. «¡Ah! si has ganado doce denarios, todo está bien, hija mía; pero haz el favor de volverte,» dijo ella. Fue en ese momento cuando Glicina esperaba a la abuela. «Sí, sí, puedes mirar, y mirar más de cerca, más cerca aún... no hay arena en absoluto! Ni tan tonta que me dejase tomar aún...» Ella no acabó de sonreír cuando la rama se enrabetó y se encarnizó, más y más aún, pues a la luz de la

lámpara la vieja había visto, completamente teñido de verde por detrás el vestido blanco de Glicina, debido a la hierba húmeda.

La malvada anciana golpeó tan fuerte y durante tanto tiempo que a punto estuvo de entregar el alma por falta de aliento; finalmente debió irse a acostar, mientras que la Costurera, muerta más que a medias, se extendía sobre su cama. Pero no podéis imaginar hasta que punto se quejaba, ni hasta que punto había decidido no merecer más tan penosos castigos. Sea que por haberlo conocido mejor el placer del amor que crecía con la costumbre, le pareció digno de tanto sufrimiento o bien porque una cólera la invadió contra esa malvada vieja, tan hábil en descubrir las pruebas del pecado, ella se prometió, muy al contrario, no rechazar nunca más a Juan del Bosque, tratando de encontrar un medio de burlar con seguridad a su abuela; de ese modo tendría un doble goce.

VI

Al día siguiente por la noche:

–¡Ah! juzga, amigo mío, dijo ella, el valor de mi amor, puesto que por complacerte desafío los más terribles golpes que se puedan recibir. Pero, por el amor de Dios, intenta evitarme esa crueldad; y el césped del bosque no es menos peligroso que la arena de la orilla del río.

–¡No te preocupes! – dijo él.– Conozco sobre el otro lindero del bosque, entre dos hayas, unos altos brezales que no son traidores, y tu vestido no conservará ningún rastro.

–Pues vamos hacia esos brezales – dijo ella.

Era una velada tan armoniosamente dulce, verano ya, que toda la soledad, toda la calma parecía hecha de un éxtasis. Atravesaron el bosque dormido y alcanzaron la otra linde. Allí, bajo el cielo, entre las hayas, bajo el cielo tan azul donde brillaban sin titilar las primeras estrellas como ojos cuyas pestañas no aletean, un trino disperso de nidos no hacía más que advertir la presencia del inmenso silencio. Los inmóviles brezales se iluminaban por todas partes con gusanos de luz; ni una brizna donde no brillase una luciérnaga; y tan cómodamente, bajo la lenta presión de los amantes, éstas se apartaron, inclinándose con suspiros de lianas que no hubiesen sido mejores en alguna cama real hecha de sedas y guatas y de acariciadores cobertores. Se produjo otro ruido a añadir a los trinos de los nidos – ¡los trinos de sus besos! y si alguna torcaz los acechara desde un árbol, estaría celosa.

VII

¡Glicina tuvo la tranquila audacia de no regresar al domicilio más que tres horas más tarde! y la vieja aullante, con el bastón levantado: «¡Ah! ¡falsa! ¡Ah! ¡miserable! ¿te atreverás a contarme aún que estuviste ocupada en el castillo para remendar la ropa? – Claro que lo diré, respondió ella, puesto que es cierto que se me retrasó; y aquí tengo veinticuatro denarios, los doce de ayer y los doce de hoy – pues ella los pidió prestados en la aldea a otra costurera. El dinero tiene algo que hechiza a los viejos; por una extraña estupidez, ellos lo aman tanto o más cuanto menos tiempo les queda para gastarlo. Pero la abuela, apoderándose de los veinticuatro denarios no quedó tranquila todavía, y con un empujón violento, obligó a Glicina a darse la vuelta. »

Esperaba descubrir algún indico que la autorizase a moler a golpes a la chiquilla ¡Pero no, no, nada! Ni un grano de arena en la falda, ni un tinte verde en la blusa. Los brezales no habían dejado la menor huella. En vano que levantaba y bajaba la lámpara,

en vano examinaba atentamente las ropas bajo el fulgor más cercano. Ningún desorden, todo en su sitio y los botones bien abrochados. ¡Pues Glicina había previsto todo cuidadosamente! De modo que la vieja, rabiosa, debió renunciar a motivar sus sospechas. « Vamos, acabó por decir, puede ser que esta noche se te haya realmente retenido en el castillo; acostémonos, es tarde, acostémonos.»

¿Quién estaba contenta? la Costurera. No solamente había gozado de su amigo enamorado sino que había conseguido engañar a la astuta abuela. Se desvistió, se metió entre las sábanas, dónde sintió expandirse el recuerdo de los besos de antes. La otra, acostada también, sopló la lámpara. Glicina giró hacia la pared, iba a dormirse; encontraría en algún delicioso sueño...

¡No se durmió!

Brincando de su cama:

–¡Maldita! ¡maldita! ¡maldita! – clamaba la irritante vieja.

Pues en la sombra, todo el moño y los cabellos de Glicina, hacia la nuca, brillaban luminosas luciérnagas, y parecía un trocito de cielo dorado incendiado de estrellas en movimiento.

VIII

Y la rama de madroño hizo su oficio, más espantosamente que nunca. Sin embargo, aunque vencida todavía por el azar y la desconfianza de la vieja, aunque tan duramente afligida, la Costurera no se desolaba mas que a medias, pues recordaba las palabras de la buena Fada, en el crepúsculo rosa, en el lindero: «¡Tres veces, no más! » Ahora bien, era la tercera vez que había sido golpeada a causa del pecado del amor. ¡Magnífico! Se había acabado puesto que las hadas no mienten.

Y de hecho, a partir de esa vez, la abuela no volvió a percibir nada. Glicina tan a menudo como quiso, pudo retrasarse con Juan el Leñador y con otros tal vez, pues la impunidad anima a una audacia redoblada; y sin ningún peligro afrontaba la arena tan blanca y tan fina a lo lardo del Douce, y la pérvida hierba mojada de rocío y los brezales que hacen del moño y los rizos de la nuca un cielito de oro constelado de luciérnagas.

LA INGENUIDAD DE JOCELYNE O LA CHIQUILLA TRES VECES ENGAÑADA

Jocelyne se dirigía a la casa de su madrina, que es el hada que vive al otro lado del camino. Es aquellos tiempos, las hadas eran tan frecuentes que no había que ir muy lejos para encontrar tantas como se quisiera; y normalmente bastaba con atravesar el camino.

EL HADA

Buenos día, ahijada mía; buenos días, queridita. ¿Qué te trae por aquí tan temprano, y qué es lo que deseas?

JOCELYNE

Que sepas, madrina, que esta noche he tenido un sueño.

EL HADA

¡Eh! quién duerme sueña, las chiquillas sobre todo. ¿Cuál fue tu sueño? cuéntame.

JOCELYNE

Viajaba al sol, y tenía mucha sed.

EL HADA

Que tengas sed viajando al sol no tiene nada de sorprendente.

JOCELYNE

Pero no había ningún arroyo en el bosquecillo vecino. ¡Ah! madrina, dame algún don para el caso en el que tenga sed subiendo la ladera en pleno mediodía.

EL HADA

Si tienes sed subiendo la ladera al mediodía, encontrarás en el extremo de una rama, una cereza tan gruesa y fresca que bastará para saciar tu sed.

JOCELYNE

¡Que buena eres, madrina! Pero no te he contado todo mi sueño.

EL HADA

Habla pues, ahijada mía, habla, queridita.

JOCELYNE

Yo partía para la fiesta donde había un baile, y tenía muchas ganas de un pañuelo rosa bordado en oro que habría anudado a modo de pañoleta.

EL HADA

Que yendo al baile tengas ganas de un adorno rosa bordado en oro, es muy natural.

JOCELYNE

Pero soy demasiado pobre para comprar tales prendas. ¡Ah! madrina, dame algún don para el caso en el que quisiera engalanarme como haces las damiselas del país.

EL HADA

Si acontece que quieras engalanarte como hacen las damiselas de país, encontrarás en la cuneta el gorro que la reina dejó caer la otra mañana cazando el hurón y el gallo silvestre.

JOCELYNE

¡Que buena eres, madrina! Pero debo contarte el final de mi sueño.

EL HADA

Habla pues, ahijada mía, habla, queridita.

JOCELYNE

Al haber visto picotearse a los pichones en el palomar y visto a los gorriones y los pinzones rozarse las plumas y batiendo las alas, concebí un gran deseo: que un joven muchacho me besase en los labios y me estrechase contra él tan fuerte como quisiera.

EL HADA

Que tengas tal deseo a los quince años, observando los tiernos juegos de los pájaros, no tiene nada de particular.

JOCELYNE

Pero no había allí cerca de mi más que un viejo besucón al que no hubiese querido ni como abuelo. ¡Ah! madrina, dame algún don para el caso en el que tenga ganas de ser besada, a causa del ejemplo de los pichones arrulladores.

EL HADA

Si te invade el deseo de ser besada, a causa del ejemplo de los pichones arrulladores, verás sobre un lecho de ramas floridas un joven tan apuesto que te extasiarás de delicia.

JOCELYNE

¡Qué buena eres madrina! Ya he contado todo mi sueño y te doy las gracias.

EL HADA

¡Vete pues, querida! Pero, por edad y corazón eres muy confiada. Desconfía de algunas personas que también son hadas y que, mediante hábiles ardides, te querrán desposeer de los dones que te he concedido.

JOCELYNE

¡Oh! ¡Tendré mucho cuidado en no dejarme engañar! Pues, aunque no lo parezca, soy muy fina si quiero.

EL HADA

Adiós entonces, ahijada.

JOCELYNE

Adiós entonces, madrina.

Jocelyne no tardó en hacer un largo viaje. ¿A dónde iba? A dónde su sueño fuese. Ahora bien, subiendo la ladera a pleno mediodía, tuvo una gran sed. No estaba preocupada al observar que no había ningún arroyo en el bosquecillo; gracias al don del hada vio en el extremo de una rama, una tan bella cereza que jamás se había visto tal hermosura en ningún vergel del mundo. Se alzó sobre la punta de los pies, levantó el brazo y tocó el fruto; pero había un pajarillo que gorjeaba sobre la rama al lado de la cereza:

EL PAJARILLO

¡Cui! ¡cui! ¡cui! ¡cui!

JOCELYNE

¿Qué ocurre? ¿qué ocurre?

EL PAJARILLO

¡Eh! ¡cui, cui, cui, chiquilla!

JOCELYNE

¡Eh! ¿qué quieres, pajarillo?

EL PAJARILLO

No comas esa cereza.

JOCELYNE

¿Y qué razón hay para que no lo haga?

EL PAJARILLO

Es que no está madura.

JOCELYNE

Es tan roja y debe estar tan azucarada.

EL PAJARILLO

No es más que una apariencia; en realidad, es acida como si estuviese verde y tendrías la boca agria.

JOCELYNE

¿Qué debo hacer entonces?

EL PAJARILLO

Esperarás a que madure. ¿No tienes alguna otra cosa que hacer? Sigue tu camino y regresa dentro de una o dos horas. Entonces estará madura y tu sed será saciada.

JOCELYNE

Sí, pero ¿no la cogerá alguien mientras yo no esté aquí?

EL PAJARILLO

Te prometo que yo haré guardia. No hay peligro de que otro la toque, pues yo la vigilaré. Y tú la encontrarás intacta.

JOCELYNE

¡Hasta luego entonces, pajarillo!

EL PAJARILLO

¡Hasta luego, chiquilla!

Jocelyne, realmente muy feliz de haber encontrado un pájaro tan servicial, continuó caminando según el sueño que había tenido; y hete aquí que oyó las flautas y violines de un baile, allá abajo, no lejos de una aldea donde los techos de paja estaban dorados por el sol. Por supuesto no iría al baile con los cabellos al aire, como las pobres. ¿Pero se entristeció? No; ella contaba, no sin razón, con el don de su madrina; y, en efecto, advirtió en la cuneta un gorro de seda rosa bordado en oro, se bajó, lo tomó, sonrió de placer pensando que se lo pondría. Pero había allí una vieja, con aspecto de esas hilanderas que se ven delante de las puertas de las cabañas.

LA VIEJA

¡Fi! ¡fi! ¡fi! ¡fi!

JOCELYNE

¿Y bien? ¿y bien?

LA VIEJA

Tened cuidado, chiquilla...

JOCELYNE

¿De qué, anciana?

LA VIEJA

¡De tocar ese gorro!

JOCELYNE

¿Por qué habría de tener cuidado?

LA VIEJA

Es que estuvo en la cuneta tanto tiempo que fue desgarrado por las zarzas y se empapó completamente con la lluvia.

JOCELYNE

Tal como está me conformaré y estaré, gracias a él, mejor engalanada que las damiselas del país.

LA VIEJA

¡No! ¡No puedo consentir que te pongas, encantadora como eres, un gorro en tan lamentable estado!

JOCELYNE

¿Qué deberé hacer en ese caso?

LA VIEJA

Esperarás a que, remendona de oficio, lo haya recompuesto y reparado. Vuelve dentro de una o dos horas. Lo encontrarás igual que si fuese un gorro completamente nuevo.

JOCELYNE

¡Hasta luego entonces, vieja!

LA VIEJA

¡Hasta luego, chiquilla!

Jocelyne, continuando su viaje, se sintió enternecida por tantas buenas intenciones que se le testimoniaban. Se juró deshacerse en agradecimientos al pájaro que le custodiaba la cereza y a la anciana que le zurcía el gorro. Pero hete aquí que en el bosque cayó la hora rosa y dorada previa al crepúsculo, y todo se saturó de calor y tierna lasitud. Las ramas se estremecían con lentitudes de brazos, y por todas partes unos cuchicheos, unos suspiros y unos perfumes se desvanecían deliciosamente. Jocelyne se sintió tan turbada que creyó desfallecer. Por fortuna, su madrina no le negó el último don prometido. Jocelyne vio, sobre un lecho de ramas en flor, un joven muchacho, bello como un ángel que estaba vestido como un noble de la corte. Dormía, con la boca medio abierta y lo ojos medio cerrados, su boca era como una rosa que va a abrirse; cada uno de sus ojos era un azul pálido de un pétalo de rosa blanca y Jocelyne... Pero había allí una extraña dama, vestida con harapos de oro y falsas joyas, como una gitana, y con los senos desnudos. Se diría una pobre que hubiese sido princesa.

LA GITANA

¡Oh! ¡oh! ¡oh! ¡oh!

JOCELYNE

¿Por qué esos gritos?

LA GITANA

Ten cuidado, chiquilla...

JOCELYNE

¿De qué, Señora?

LA GITANA

De besar a ese joven.

JOCELYNE

¿Por qué razón he de tener cuidado?

LA GITANA

¿No ves que todavía es muy joven? catorce años apenas, creo. Tal como es no te daría, ni acariciado ni acariciador, más que furtivas delicias.

JOCELYNE

Por niño que sea, y dado que los pájaros trinan largo tiempo de amor, me entregaré a una delicia un poco breve con tal de que sea extrema.

LA GITANA

¡No! No podría soportar, prendada como te veo, que te decepciones con un amante tan inexperto. ¿No has dejado sobre el camino, en el extremo de una rama una cereza que debía calmar tu sed?

JOCELYNE

Sí. Un pajarillo me la guarda. Debe ya estar madura.

LA GITANA

¿No has dejado sobre el camino, cerca de la cuneta, un gorro rosa bordado en oro?

JOCELYNE

Sí. Una vieja me lo está zurciendo. Ahora debe estar arreglado.

LA GITANA

Ve pues a comer la cereza y a ponerte el gorro. Durante tu ausencia, ese muchachito tendrá tiempo de convertirse en un audaz joven, y tendrás a tu regreso todas las satisfacciones posibles.

JOCELYNE

¿Pero y si alguien, una vez que yo marche, me lo fuese a encantar?

LA GITANA

¿Acaso no estoy yo aquí para prohibirlo? Siento por ti una muy sincera amistad, y te conservaré intacto a aquél que será tu bien.

JOCELYNE

¡Hasta entonces pues, señora!

LA GITANA

¡Hasta entonces, chiquilla!

Jocelyne ya no caminaba, corría. Corrió tan aprisa, por un sendero que pronto llegó al árbol donde maduraba la cereza. Pero la cereza ya no estaba allí y la pobre pequeña, levantando la cabeza, vio al pájaro que se burlaba (¡Cui! ¡cui! ¡cui! ¡cui!), con el pico todavía rosado por el fruto que se había comido. ¡Ah! ¡el muy traidor! ¡Ah! ¡el ladronzuelo! Lamentablemente ¿de qué valía quejarse? Regresó sobre sus pasos, corriendo siempre. Volvió a ver la cuneta donde había estado el gorro de la reina. Pero el gorro había desaparecido, y, allá abajo, entre las flautas y violines, cerca de la aldea de cabañas rojas y doradas por el crepúsculo, pudo ver bailando y riendo a la vieja remendona, tocada con el gorro bordado en oro. ¡Ah! la falsa! ¡ah! ¡la hipócrita! Por desgracia, ¿de qué servirían los reproches y los lamentos? Al menos, mientras regresaba hacia la cereza y el gorro, el joven debió crecer lo bastante para que ella obtuviese todo el placer imaginable; y más que un fruto fresco que sacie o un gorro de oro, más vale ser besada por los labios de un vigoroso amante. Se apresuró hacia el lecho de ramas en flor. A decir verdad, el joven señorito no había desaparecido pero estaba acostado entre los brazos de la gitana con aires de princesa; y si aquella tenía antes los senos desnudos, ahora no los tenía menos. Entonces Jocelyne, muy contrita, regresó a casa de su madrina que era el hada del otro lado del camino; y no podía hablar a causa de los hipos que le provocaba el llanto.

JOCELYNE

¡Hi! ¡hi! ¡hi! ¡hi!

EL HADA

¿Qué te había dicho, ahijada mía? ¿Qué te había dicho, queridita? Sin embargo, consuélate; mañana te daré dones nuevos. Pero que este día te sirva de lección; y no des jamás en custodia tu cereza al pájaro, tu bello atavío a las viejas presumidas, ni tu amante, incluso por joven que sea, ¡a las muchachas que se desnudan sin demora!

ÍNDICE DE CUENTOS

El camino del corazón	2
Alertas.....	5
La hermosa noche de verano	11
El paraíso de la princesa	17
El amante pusilánime.....	21
La espantosa venganza	26
La perla negra en la media.....	31
El horrible idilio	36
Evasiones.....	39
El molino en la cabeza.....	43
Las pequeñas cenizas.....	46
La moneda de oro bien empleada	49
Los niños terribles	52
Vocación.....	56
Los rápidos diálogos.....	59
Los ojos, los labios, el pecho y las manos	62
La tórtola resucitada	65
La apuesta ingeniosa.....	69
La criada y el señorito	73
Cuento de antaño	77
La ingenuidad de Jocelyne o la chiquilla tres veces engañada.....	82